



*De marchas, manche y chinchorro:
las mujeres del Carbón en la memoria
oral de sus comunidades*

*De marchas, manche y chinchorro:
las mujeres del Carbón en la memoria
oral de sus comunidades.*

Museo de Historia Natural de Concepción ©

Investigación y textos

María Fenanda Morales Ortiz

Claudia Bustos Carrasco

María Amanda Saldías Palomino

Roxana Torres Rossel

Fotografía portada

Ignacio Hochhäuser Silverberger

Circa 1940

Archivo Fotográfico Biblioteca Nacional, Chile

Edición

María Amanda Saldías Palomino

Edición 2015

Ejemplares 200

Diagramación e Impresión

Trama Impresores S.A., Hualpén

I. Presentación.	4
II. Museos, patrimonio y enfoque de género: hacia una mirada más inclusiva de las prácticas culturales comunitarias.	8
2.1 Herramientas de mediación para un “mirar” diferente: el museo como formador de audiencias y productor cultural.	10
2.2 Museo y comunidad: la relevancia del trabajo con las instancias locales.	12
III. Género, memoria y oralidad: una propuesta de investigación cualitativa para la historia de las mujeres de la cuenca del Carbón.	14
3.1 La construcción de la(s) memoria(s): la perspectiva de género en el trabajo con la oralidad.	19
3.2 La oralidad y la construcción del conocimiento: la entrevista como metodología cualitativa.	20
IV. Las huellas de una presencia: las mujeres de la zona del Carbón en los testimonios orales de sus comunidades.	24
4.1 Relaciones de género y división sexual del trabajo: trabajos diversos, diversos roles.	25
4.2 División de los espacios según género y clase.	32
4.3 Contexto general de condiciones laborales y huelgas asociadas.	40
4.5 Machismo, relaciones de género y la construcción de la memoria.	46
4.5 Acción política femenina en la historia de la zona del Carbón.	49
4.6 Hitos de la historia del Carbón del siglo XX en los relatos orales.	60
4.7 La importancia de preservar y de transmitir la memoria.	67
V. A modo de reflexión final	71



Lota, 1971
Autor Armindo Cardoso
Archivo Fotográfico Biblioteca Nacional

1. Presentación

Algo comienza a transformarse imperceptiblemente en el museo.

Me ubico en la posición de una testigo privilegiada de prácticas institucionales emergentes que inauguran un inédito diálogo con las comunidades. El encuadre es situado, el Estado no es neutro y al incorporar el enfoque de género en la gestión patrimonial nos adentramos en zonas paradójicas. No estaremos discutiendo sobre el acceso numérico equitativo a los recursos, sino sobre el poder de la interpretación y sobre las limitaciones que entraña musealizar la vida desigual.

No se trata esta vez del acceso de más mujeres a “lo mismo” sino de problematizar “lo mismo” que, por lo general, ha referido a lo monumental, lo occidental y lo masculino que subyace en las operaciones patrimoniales. Afortunadamente, muchas cosas suceden fuera del control y la voluntad de quienes planifican. Agradezco emocionada la invitación de Roxana Torres a prologar este libro y la oportunidad de ser el “instrumento burocrático” que hizo posible el milagro de la alquimia: redes solidarias, compromiso afectivo e intelectual en la construcción de saberes más horizontales, y la puesta en valor de un patrimonio cultural **generizado** que disputa dentro del museo su legítimo derecho a ser reconocido y perdurar.

La Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos (Dibam), en el marco de los procesos de modernización del estado, inició el año 2002 el Programa de Mejoramiento de la Gestión uno de cuyos componentes era el enfoque de género. Esta herramienta técnica tenía y tiene por objetivo transversalizar la equidad de género en las políticas públicas y, a su vez, responder a los compromisos adquiridos a través de la firma de convenciones internacionales como CEDAW¹ y Belem do Pará².

Comenzar a pensar la gestión de las instituciones patrimoniales desde el enfoque de género fue una tarea no exenta de dificultades teóricas y prácticas. Ha requerido que los espacios públicos museales miren su propia gestión y la construcción de sus relatos museográficos con perspectiva (auto) crítica. El escenario cambió sustantivamente en unos años pues sólo hace una década era difícil encontrar referentes y proyectos abocados explícitamente a subsanar brechas de género en esos ámbitos.

El desarrollo de ‘recursos patrimoniales’ con enfoque de género, dirigidos tanto a hombres como a mujeres es la tónica de una infinidad de intervenciones creativas al interior de una institucionalidad patrimonial que no es monolítica. La reflexión en torno a dichos procesos y sus efectos, es aún rudimentaria. No obstante, sabemos que a partir de la generación de contenidos críticos se han activado vasos comunicantes entre la academia, las organizaciones sociales, el movimiento de

1 <http://www.un.org/womenwatch/daw/cedaw/text/sconvention.htm>

2 <http://www.oas.org/juridico/spanish/tratados/a-61.html>

mujeres, el movimiento de diversidades y disidencias sexuales y las instituciones patrimoniales. Luego de quince años de Programa de Equidad de Género es posible documentar un cúmulo de aprendizajes y experiencias interesantísimas a lo largo de Chile, una de las cuales es, sin duda, la ocurrida en el Museo de Historia Natural de Concepción (MHNC).

Los relatos que narran procesos sociales del siglo XX se construyen desde distintos lugares de enunciación histórica. No todas esas hablas tienen la legitimidad para circular en los espacios consagratorios del patrimonio cultural. Los museos públicos han sido tradicionalmente superficie de inscripción de la historia oficial, de la historia nacional o bien de una historia regional que reproduce la misma lógica a menor escala. La cuenca del carbón es el mejor ejemplo de un paisaje descrito en aquel pétreo “masculino- neutro” que las museografías convencionales naturalizan. Esa forma de hacer historia, que deja fuera de encuadre a los grupos minorizados, es la que, de un tiempo a esta parte, ha entrado en crisis.

El Museo de Historia Natural de Concepción ha sido el catalizador de procesos de investigación acción que reunieron, entre el 2013 y el 2014, a mujeres de la Universidad de Concepción con mujeres de la cuenca del Carbón. Esta convergencia activa redes y fortalece una cultura en clave femenina que busca construir genealogías antes clausurados.

Es refrescante la invitación que formula el museo a desplazar el foco de la historia y poner en tensión la noción de patrimonio y memoria histórica, incorporando voces silenciadas por la museografía tradicional. El Museo de Historia Natural, se hace cargo también de la historia cultural en la urgencia por recuperar una conversación pendiente en la cuenca del carbón.

Este libro representa la grieta por donde ingresa al museo el discurso de los márgenes, la voz de las mujeres sencillas pertenecientes a familias mineras, mujeres que tienen historias de luchas individuales y colectivas que contar. Los testimonios de Oda, Haydee, Claudia, Rosa, Norma, Angélica, Magdalena, Elsa, Yolanda, Andrea, Juana, Ursinda, Irene, María, Lucila, Nieves y tantas otras conforman la trama de sentidos que reposicionan a las otras sujetas de la historia. Desde las fronteras porosas entre casa y calle, moviéndose entre las maternidades, la producción y la protesta social, ellas son identidad minera que resiste a pesar de la “reconversión” laboral. Formas de habitar que transitan entre autonomías y sujeciones, mandato y transgresión.

El museo, el equipo de investigadoras comprometidas y principalmente la

comunidad de mujeres de la zona del Carbón ha hecho posible arribar a este libro en el que cristaliza una valiosa experiencia. Y eso no es todo, una manera de hacer las cosas se proyecta hacia otros territorios en busca de los retazos de un sorprendente mosaico de identidades locales. La historia de las mujeres es un hallazgo que debemos potenciar a través de encuentros, sinergias, investigación comparada, alianzas y colaboraciones futuras, asumiendo que estamos ante una primera reflexión que abre nuevas maneras de entender el patrimonio.

Paula Palacios

Coordinación y Desarrollo Institucional
Archivo Nacional de Chile
Dibam



*Mujeres lavando ropa en Lota
Circa 1930
Autor Alexander Walker
Colección Medina, Biblioteca Nacional*

II. Museos, patrimonio y enfoque de género:
hacia una mirada más inclusiva de las prácticas
culturales comunitarias.

La incorporación de la perspectiva de género en el Museo de Historia Natural de Concepción surge el año 2008, como parte de los compromisos que asume el Estado chileno al recoger el eco de las voces ciudadanas que advertían, desde hace bastante tiempo, sobre la necesidad de incluir este enfoque en el quehacer de las instituciones públicas para mejorar y garantizar a las mujeres su participación social en todos los ámbitos.

Los museos del estado, como depositarios del patrimonio material e inmaterial de nuestra sociedad, también fueron incluidos en esta gestión, porque se consideró necesario y relevante hacer una revisión del patrimonio y en especial de la memoria histórica desde las experiencias de las mujeres, que permitiera además generar espacios de reflexión esta vez enriquecidos con el aporte que ellas indudablemente han realizado al interior de sus comunidades.

Al respecto, ya en 1972 la Declaración de la Mesa Redonda de Santiago de Chile propone y asigna un rol más social y pedagógico a los museos. Poblar a los museos de estas dinámicas y, junto con ello, realizar una mirada autocrítica de lo efectuado históricamente dentro de estos espacios de memoria, nos revela que por años se ha perdido la oportunidad de vincularse más estrechamente con los entornos físicos y sociales que le son propios, reforzando una valoración estática del pasado, sin tomar en consideración las relaciones entre los distintos elementos del mundo y del entramado social de una manera más profunda y completa, que pueda propiciar una experiencia más significativa para sus visitantes en lo que respecta a su conexión con ese mismo pasado y sus vivencias personales y comunitarias.

En cuanto a las representaciones de género, los museos aún tienden a omitir la presencia y los aportes de las mujeres a la historia de sus comunidades; más bien se suele todavía presentarlas asociadas especialmente a espacios, objetos y actividades que reproducen las desigualdades y estereotipos de género, contribuyendo de esta forma a reafirmar simbólicamente la naturalización de la diferencia genérica en la comprensión de los espacios y los roles (Lagunas y Ramos, 2007). En efecto, como señala Ochoa, “las exhibiciones son “en sí mismas un objeto cultural”: seleccionan temas; expresan ciertos valores y creencias; suponen un diseño y códigos particulares” (2008: p. 208), de modo que es posible reconocer a los museos como dispositivos de reproducción ideológica. No obstante, rara vez se reconoce que esta dimensión ideológica incluye un sesgo de género, usualmente androcéntrico y dicotómico, que también está presente tácitamente en la lógica convencional de los museos, donde se reproduce la noción logocéntrica acerca de la construcción de las identidades y relaciones de poder. No obstante, enfatiza Maceira Ochoa, los museos comunican este guión de género “en forma de un discurso que pretende ser objetivo y neutro, “científico”, aunque no lo sea” (2008: 211).

Hoy, enfrentados a nuevos paradigmas, las/los encargados de los museos comprenden la relevancia de reconocerse como mediadores culturales, comenzando a producirse una “democratización” del patrimonio cultural, difundiéndolo y acercándolo a sus receptores. Estas acciones, visibilizadas principalmente a través de las exhibiciones temporales y/o permanentes, constituyen igualmente espacios de producción cultural, por tanto, cabe preguntarse y reflexionar permanentemente sobre cuáles son o serán las estrategias que carguen de sentido estas experiencias para las/los visitantes.

Este camino ha implicado para el equipo del museo un periodo de gran aprendizaje individual y colectivo que aún no termina, dentro del cual surge una pregunta fundamental ¿Cómo y de qué manera activar esta relación patrimonio-museo-género-visitantes?

Con el objetivo de intentar dar una respuesta a esta interrogante, durante el año 2012, con la colaboración de un grupo de investigadoras asociadas a Promeg-UdeC, realizamos la revisión de los contenidos de la exhibición permanente, lo que nos llevó a detectar brechas de género que resaltaron con mayor presencia en la sala “El Carbón”. Esta constatación nos llevó a la formulación y posterior realización de los dos proyectos que constituyen la base de esta publicación.

Es así que el año 2013, el Museo de Historia Natural de Concepción junto a Promeg-Udec inició una investigación de carácter exploratorio en Lota, con la intención de recuperar, valorizar y visibilizar los roles de las mujeres, en función de su aporte a la configuración de las identidades de género durante el desarrollo industrial moderno, específicamente en la zona denominada la “Cuenca del Carbón”, ampliando el año 2014 su campo de acción, incluyendo esta vez las comunas de Coronel y Curanilahue.

El éxito de estos proyectos, el nivel de participación de las entrevistadas, las redes construidas y el interés de los testimonios, nos hizo pensar en la continuación de estas investigaciones y en el impacto dentro del espacio museal. Actualmente esto se concibe como un programa que pretende profundizar su labor desplegándose en el territorio de la región del Biobío y sus zonas costa, centro y cordillera.

2.1 Herramientas de mediación para un “mirar” diferente: el museo como formador de audiencias y productor cultural

El desarrollo de estas investigaciones al interior del museo implican, indudablemente, compartir con nuestros visitantes las experiencias que se desprenden de ellas. Como hemos advertido, divulgar este conocimiento es relevante no solo para mantener la memoria viva, sino también para sensibilizar a la comunidad en lo que respecta al relato de la “historia oficial”, de tal forma que pueda reconocer las

omisiones de algunos actores y/o procesos, o la desvalorización de estos, como claramente ha ocurrido de manera sistemática en el caso de las mujeres.

Este ejercicio instala procesos reflexivos y autocríticos, o por lo menos el museo aspira que sean estos algunos de los resultados de la visita, pero ¿Cómo llevar esta experiencia hacia nuestros visitantes?

Durante la formulación del proyecto del año 2014, una de las directrices principales consideró desarrollar una propuesta pedagógica, que incluyera la elaboración de una Pauta de visitas, así como un Módulo con perspectiva de género para la sala “El Carbón” de la exhibición permanente del museo.

Como institución dedicada a la preservación y difusión del patrimonio material e inmaterial local y nacional, deseamos contribuir a formar audiencias que, desde su propia experiencia y conocimiento de las temáticas planteadas, puedan establecer una relación activa con los contenidos expuestos, ya que como acota Maceira Ochoa (2008), las exhibiciones como objetos culturales en sí mismas “son también espacios de consumo cultural, donde hay a su vez un nuevo proceso de producción cultural”.

En atención a este objetivo, durante la formulación del proyecto del año 2014, una de las directrices principales fue desarrollar una propuesta pedagógica que incluyera la elaboración de una Pauta de visitas y un Módulo con perspectiva de género para la sala “El Carbón” de la exhibición permanente del Museo.

Cabe señalar que la revaloración del patrimonio y de los museos en relación al rol que pueden cumplir desde el punto de vista pedagógico, se encuentra contemplada dentro de los nuevos enfoques que orientan las herramientas curriculares para conducir los procesos de enseñanza-aprendizaje en el área de Historia y Ciencias Sociales, los que han sido recogidos en el documento Guía de orientaciones docentes: acercamiento del patrimonio archivístico a la escuela. Proyecto educativo del Archivo Nacional Histórico (2013), preparado por la DIBAM. Desde esta nueva perspectiva, el patrimonio ya no es visto como un elemento pasivo, que es aprendido y almacenado sin que haya un mayor involucramiento por parte de quien visita el museo, sino, por el contrario, es reconocido como una herramienta fundamental para aproximarse al imaginario social y cultural de un contexto histórico, desde su aspecto material como también inmaterial, a través de sus objetos, que cuentan la historia de su producción y de quienes participaron en ella.

Esperamos que estos recursos (Pauta de visita y módulo) proporcionen al profesor/a una herramienta didáctica que facilite su rol como mediador/a, incorporando el enfoque de género, de modo que la experiencia de sus estudiantes en la Sala El Carbón pueda motivar en ellos y en ellas una reflexión acerca de las relaciones de género que han configurado las identidades de su propia historia y comunidad, así como también sobre las prácticas de memoria que han articulado el relato de esa historia personal y comunitaria, donde lo conservado importa tanto como aquello

que se ha olvidado o descartado, tal como sucede con la historia oficial de la zona del Carbón en lo que respecta a los aportes de sus mujeres. Solo así pensamos que la memoria conservada en los museos no se limite a ser una mirada hacia el pasado, sino que sea una memoria vigente y en constante actualización, una vía para evaluar el presente y proyectarse hacia el futuro, puesto que “[l]a memoria vivida es activa: tiene vida, está encarnada en lo social, vale decir, en individuos, familias, grupos, naciones y regiones. Esas son las memorias necesarias para construir los diferentes futuros locales en un mundo global” (Huysen, 2000, 20).

Dado que la aproximación a las temáticas de género es siempre difícil de abordar porque supone un cuestionamiento del orden social que hemos aprendido a entender como “natural”, estimamos que para acercar esta experiencia a quienes entran en contacto con ellas por primera vez, es conveniente situarlas en circunstancias que les puedan ser reconocibles. En este caso, llevamos los conceptos de género al ámbito de la historia comunitaria de la zona del Carbón, para distinguir con mayor claridad cuáles han sido las prácticas que han instalado el sistema sexo-género de esas comunidades, donde las mujeres, a pesar de su participación sostenida tanto en el ámbito público como privado, han sido sistemáticamente invisibilizadas como sujetos históricos y de conocimiento. Se trataría, en consecuencia, de instalar una forma diferente de “mirar”, entendida esta como “un acto cultural que se inscribe en un contexto histórico-social e individual desde el cual se prioriza, selecciona, comprende e interpreta aquello que se mira” (Ochoa, 2008, 217).

Enfrentados a esta nueva manera de observar y aproximarse a los contenidos patrimoniales, consideramos que tanto los contenidos exhibidos en la sala El Carbón, así como los materiales didácticos elaborados para su visita, deben ser sometidos a una constante revisión, tomando en cuenta, sobre todo, el interés educativo e investigativo que genera en el público que acude al Museo y a esta muestra, en particular. En ese mismo sentido, se espera incorporar nuevos hitos que permitan recorrer toda la exhibición permanente del museo integrando, esta vez, la perspectiva de género.

2.2 Museo y comunidad: la relevancia del trabajo con las instancias locales

El desarrollo de los proyectos mencionados fue posible, en gran medida, gracias al contacto con informantes clave de la zona del Carbón, a todas/os ellas/os deseamos extender nuestros más sinceros agradecimientos, pues estas investigaciones de carácter exploratorio requerían del compromiso y apoyo de quienes conocían los nombres y podían proporcionar las formas de contacto con aquellas personas señaladas como significativas por sus propias comunidades.

En 2013 estos contactos fueron realizados principalmente por Marta Morales Peña, profesora de Español, nacida y criada en Lota, quien también formó parte del equipo de investigadoras de PROMEG-UdeC, durante los años 2013 y 2014.

Para el proyecto efectuado el año 2014 también nos proporcionaron valiosa información otras instancias culturales como la Casa de la Mujer de Lota, la Biblioteca Pública N°20 Pedro Mariño de Lobera y Centro Cultural Pabellón 83 de Lota, en este último espacio recibimos la colaboración del fallecido gestor cultural del Centro Cultural Pabellón 83 de Lota, Benjamín Chau (Q.E.P.D.).

Junto a la agrupación de adultos mayores “Gracias a la vida” de Lota realizamos la actividad de cierre del proyecto, en las dependencias de la Unión Comunal del Adulto Mayor de Lota, donde se reúnen habitualmente. En esa oportunidad además de socializar los alcances del proyecto realizamos una dinámica basada en la construcción colectiva de una línea de tiempo, las casi 20 mujeres que participaron fueron entregando datos que corroboraban la información reunida en la investigación, tanto sobre fechas o eventos destacados, como sobre las condiciones de vida de las mujeres y de sus familias, los roles que cumplían, las dificultades que experimentaban, el machismo imperante, la violencia de género, como también sobre las estrategias de supervivencia y resistencia que eran puestas en práctica diariamente por ellas en el ámbito privado y público. También agradecemos la amable disposición que estas personas tuvieron para contarnos pasajes tan significativos y muchas veces sensibles de su vida.

Experiencias como éstas son los que dan el verdadero sentido al ejercicio de la memoria y la valoración de aquellos relatos que los discursos oficiales no recogen o simplemente silencian por considerarlos menos valiosos, pues se alejan de lo que se considera heroico o digno de ser incluido en la historia.

Es muy significativo constatar que los proyectos realizados tanto en 2013 como en 2014, han contado con la valoración de todas/os quienes han participado en ellos como informantes, dado el alto grado de satisfacción manifestando por esta personas al reconocer el interés del museo por realizar estas investigaciones y, sobre todo, al comprender que se comienza a configurar un archivo testimonial con enfoque de género. Esto demuestra que la senda recorrida ha sido positiva y que nuestra institución solo está recogiendo el anhelo de muchas personas y comunidades, respecto de reconocer una parte significativa de su historia.

Nuestros mayores agradecimientos son para las/os entrevistadas/os quienes son los protagonistas y principales colaboradores para conseguir el objetivo planteado. Gracias a sus memorias, saberes y generosidad estamos dando pasos significativos para comprender que la historia es un entramado complejo y diverso, rico en experiencias, donde el museo se convierte en un ente permeable que favorece el encuentro, a través de una comunicación más dialogante e inclusiva, en que el museo, al servicio de la sociedad, puede llegar a ser promotor de cambios que permitan mejorar la calidad de vida de las personas.



*Comunidad de Lota en ollas comunes
Autor Luis Navarro Vega
Archivo Fotográfico Biblioteca Nacional*

III. Género, memoria y oralidad: una propuesta de investigación cualitativa para la historia de las mujeres de la cuenca del Carbón

“La memoria llena el hueco dejado por los lenguajes que no han sabido nombrarla.”

Raquel Olea, “Cuerpo, memoria, escritura”

Los resultados de la investigación “El aporte de las mujeres al desarrollo de la actividad minera y a la construcción de las identidades culturales de Lota durante el periodo de explotación carbonífera”, realizada en 2013 sobre la base de entrevistas en profundidad a mujeres que participaron en los procesos estudiados, nos permitieron constatar la diversidad de roles que ellas han asumido progresivamente, articulando las funciones domésticas con la participación política, social y sindical. Allí observamos un particular entrelazamiento de los ámbitos de lo público y lo privado, que los resignifica y, en alguna medida, contribuye a desestabilizar la relación jerárquica entre uno y otro, propia del discurso patriarcal. En ese sentido, “el espacio privado es revalorizado por estas mujeres como un lugar tan significativo y decisivo en la vida de la comunidad como el público, tanto en materia de toma de decisiones como de conservación de la memoria personal y colectiva” (PROMEG-UdeC, 2013: p.19)¹.

En esa primera investigación, tuvimos la posibilidad de acercarnos y descubrir testimonios de mujeres, principalmente lotinas, sobre experiencias que destacaban, por un lado, la actitud temeraria con la que ellas, sus madres o sus abuelas enfrentaron las injusticias sociales y, por otro, la sabiduría para resolver las dificultades sociales y económicas que afectaban a la zona del Carbón en la época que abarcó ese estudio (1943-1973). Nos contaron historias donde se entrecruzan lo “femenino” en su acepción tradicional y la lucha social. Muchas de las mujeres fueron protagonistas de la misma lucha y demandas por las que se movilizaron los mineros, participando en organizaciones políticas y sindicales, así como en la resistencia de las huelgas, mientras que, al mismo tiempo, se ocupaban de sostener a las familias y responder a las necesidades básicas, organizando, por ejemplo, las ollas comunes, con lo cual contribuyeron a mantener en pie esos movimientos sociales y políticos.

Enfrentarnos a estas historias, invisibles dentro del discurso histórico y patrimonial oficial, pero vigentes en el relato oral y en algunos documentos sobre experiencias de mujeres, nos propuso el desafío de resignificar espacios y acciones desde la mirada y experiencia como mujeres. Invisibilizar la historia de las mujeres conlleva muchas veces la devaluación sostenida de experiencias de lo privado-doméstico, pues se describe como un espacio de inacción, pasivo y sin contribución a la

3 PROMEG-UdeC: Programa Multidisciplinario de Estudios de Género de la Universidad de Concepción. El equipo de ejecución del proyecto estuvo conformado en 2013 por la entonces Directora del Programa, Dra. María Teresa Aedo, Claudia Bustos Carrasco, Julia Inostroza Delgado, Marta Morales Peña, María Amanda Saldías Palomino e Ingrid Valencia Vásquez.

“historia oficial”. Sin embargo, pronto se descubre que lo público no tiene más valor que lo privado, “sólo” que escasea de glorias y reconocimientos.

En esta primera aproximación, constatamos que las mujeres de Lota construyen sus identidades sociales y de género en vistas a un sujeto histórico, con acciones propias, que atraviesa largos periodos de la historia de sus comunidades. No obstante, las mujeres fueron “quedando fuera”, en oposición a “quedar dentro” (lo oficial, la historia masculina, lo validado), a pesar de que ya en las décadas de ‘40 - ‘50 hay militantes mujeres en los partidos políticos, dirigentas de movimientos de mujeres que tuvieron expresión en Lota, e incluso antes, cuando muchas se organizaban para mejorar las condiciones de vida en los lugares que habitaban, como los pabellones (Carrasco y Figueroa, 2002). A partir de la valiosa información levantada, estimamos preciso ampliar su cobertura, para recuperar y dar reconocimiento a las historias de las mujeres de la zona del Carbón, extendiendo nuestro campo de acción a Coronel y Curanilahue, en función de su aporte, no solo a las actividades económicas y sociales, sino que también, y especialmente, a la configuración de las identidades locales.

A partir de este panorama inicial derivado de la investigación de 2013, en esta nueva etapa buscamos dilucidar interrogantes surgidas a propósito de la información ya recopilada: ¿Cómo definir lo privado, lo doméstico y la lucha social, que estas mujeres protagonizaron? ¿Qué las caracterizaba? ¿Cuáles fueron los espacios públicos que ocuparon? ¿Qué valor le asignó la comunidad a ese desempeño y/o presencia pública? ¿Cuáles fueron las mejoras que ellas ayudaron a alcanzar y qué implicaba aquello en sus vidas y en lo cotidiano? Estas y otras preguntas fueron respondidas en las entrevistas realizadas a mujeres y hombres de Lota, Coronel y Curanilahue, que conocieron el periodo de explotación carbonífera, ya sea por su participación directa en los eventos que componen esta etapa histórica, o como portavoces de la historia de las mujeres de su familia. Esta vez incluimos hombres dentro de la muestra, para ampliar la recopilación de recuerdos e imágenes que ellos conservaban en su memoria sobre los roles que cumplían las mujeres en el periodo estudiado en contraposición con los relatos de las entrevistadas, confirmando la postura de Elizabeth Jelin cuando señala que “las voces de las mujeres cuentan historias diferentes a las de los hombres, y de esta manera se introduce una pluralidad de puntos de vista. Esta perspectiva también implica el reconocimiento y la legitimación de “otras” experiencias además de las dominantes (en primer lugar masculinas y desde lugares de poder)” (2001, p.10).

La inclusión de hombres entre las/los informantes clave también nos recuerda que la categoría de género es relacional, es decir, como sostiene Joan W. Scott, “la mujer, el sujeto” “solo puede ser entendida en el proceso en el que es construida o se construye a sí misma, diferencialmente, en relación con los otros, particularmente con los hombres” (en Luna, p.33). Así, las identidades, entre ellas las de género, se construyen en la interacción, tal como se producen los trabajos de la memoria,

usando un concepto de Josefina Cuesta Bustillo y Elizabeth Jelin (en Di Liscia, 2007, p.148), que se constituyen como tal en las relaciones sociales, mediante procesos de negociación, dialéctica, justificación y acción conjunta, de manera que los recuerdos llegan a ser nexos que nos vinculan con otras personas (Piper Shafir, 2002, p.35). Estos nexos de memoria entre los relatos de los hombres entrevistados y los de las mujeres entrevistadas, están dados tanto por lo que se dice y se recuerda sobre los aportes de las mujeres en la configuración de las identidades de la zona del Carbón, como también por aquello que no se menciona o se olvida, y es ahí donde como investigadoras debemos ahondar para lograr determinar qué es aquello invisibilizado u olvidado.

En las entrevistas reunidas en la investigación de 2014⁴, nos encontramos con imágenes de la vida cotidiana de las mujeres de la zona del Carbón, que transcurría en esos espacios donde se vuelve confuso el límite entre lo privado/doméstico y lo público como mencionábamos anteriormente, una consecuencia material del sistema de vida que imponía la compañía carbonífera, que, en cierta manera, forzaba a la vida comunitaria mediante su régimen de viviendas con espacios comunes donde se encontraban las familias y, sobre todo, las mujeres en la realización de sus quehaceres domésticos. Como describen Carrasco Gutiérrez y Figueroa Garavagno (1998), las viviendas estrechas, carentes de servicios básicos, forzaban a las mujeres a salir a la calle, donde comenzaban a estrechar lazos sociales con otras, “apropiándose la domesticidad del ámbito público más inmediato al hogar” (p.13). Este tipo de vinculación con los espacios por parte de las mujeres de la zona del Carbón explica, en cierto modo, sus particulares desplazamientos desde lo doméstico a lo público y viceversa, produciéndose una apropiación y resignificación de estos espacios por los sujetos femeninos, poblándose el espacio público de lo familiar, mientras este se encuentra siempre atravesado por las relaciones de poder que determinan no solo las relaciones de género, sino también las de clase. Por lo tanto, narrar la historia de las mujeres de la zona del Carbón y de sus aportes a la construcción cultural y social de sus localidades es, como propone Gisela Bock (1991), hacer visible “las formas concretas, múltiples y variables de la experiencia, la actividad y la representación corporales de hombres y mujeres, que no son fáciles de separar de otros tipos de experiencia, actividad y representación” (p.13).

Las identidades de la zona del Carbón se configurarán, como aparece de manera reiterada en las entrevistas realizadas, también en este lugar “entre”, donde lo individual se confunde con lo comunitario, a semejanza de las madres que se hacen cargo de los hijos y las hijas de otras mujeres durante las movilizaciones sociales. Quizás por eso, es difícil para las personas entrevistadas recordar

4 En esta oportunidad, el equipo ejecutor del proyecto estuvo conformado por la entonces Directora de PRO-MEG-UdeC, la Dra. María Teresa Aedo Fuentes, Claudia Bustos Carrasco, María Fernanda Morales Ortiz, Marta Morales Peña y María Amanda Saldías Palomino.

nombres específicos, de mujeres que hayan destacado por las funciones sociales que cumplían en este contexto histórico; en cambio, la oralidad rescata las tareas que ellas realizaban, su rol dentro de las relaciones familiares y sociales, los espacios destinados a hombres y mujeres en el mapa social de la zona del Carbón y su participación político-militante, que es otra forma de construir colectivamente las identidades.

En virtud de lo expuesto, consideramos fundamental el rol que deben cumplir los museos como mediadores culturales, que además de “democratizar” el patrimonio cultural, difundiéndolo y acercándolo a sus receptores, constituyen también espacios de producción cultural. Al respecto, se ha operado en los últimos años un cambio en relación a la concepción de la misión que articula a las instituciones que tienen por finalidad conservar el patrimonio cultural, las que se han hecho conscientes de que operan sobre la base de procesos de selección y, así como conservan ciertos contenidos, incurren también en importantes omisiones o sobrevaloran otros. Respecto de las construcciones de género, y teniendo en cuenta que los museos comunican un guión de género aun sin proponérselo, hoy en día se están haciendo esfuerzos por incorporar en ellos el enfoque de género y la historia de grupos invisibilizados, con el fin de no continuar omitiendo la presencia y aportes de las mujeres, en este caso, a la historia de sus comunidades y no presentarlas sólo asociadas a espacios, objetos y actividades que reproducen los estereotipos genéricos.

En este esfuerzo, se ha reconocido el valor de nuevas técnicas de investigación y nuevas fuentes de información histórica, como el testimonio y la historia oral, al igual que la importancia de la reconstrucción de la vida cotidiana de las sociedades, pues como precisa Carolina Delgado Sahagún (2006) “introducir evidencias nuevas desde abajo – por relación a la historia dominante escrita desde arriba – amplía los “datos históricos” del acervo documental, y abre nuevas áreas de investigación a las que las demás fuentes no pudieron llegar”. Por ende, dentro de estas nuevas técnicas de investigación, el lenguaje se entiende como una vía fundamental para las prácticas de la memoria, puesto que es “[p]or medio del lenguaje que significamos nuestras experiencias, cuando hablamos de ellas es cuando las producimos” (Piper, 2002: 35); de ahí el valor del rescate oral de miradas personales acerca de esas experiencias, que nos hablan de una forma de situarse en el mundo, atravesada por las categorías socioculturales que organizan una comunidad determinada, entre ellas, las de género.

En ese sentido, el género, como postula Joan W. Scott (2011) es todavía una categoría de análisis válida, tanto para esclarecer cómo se fueron construyendo y estableciendo determinadas identidades sexuadas o de género, como categorías estables y naturales, fijando roles y atributos, como para advertir las modificaciones y reformulaciones que fueron experimentando esas normativas de acuerdo al contexto histórico y social en el que se desenvuelven las y los sujetos.

En particular, en las investigaciones tanto de 2013 como de 2014, se escogió por la modalidad de la entrevista en profundidad semiestructurada y el relato oral para aproximarnos a los periodos históricos abordados de la zona del Carbón, principalmente por las cualidades metodológicas que aportan cuando intentamos reconstruir la historia conocida, esta vez desde sus protagonistas femeninas, dado que nos permiten plantear preguntas que “hacen visibles a las mujeres como sujetos históricos inmersos en una circunstancia particular que las conforma, a la vez que ellas actúan sobre ésta” (García, 1998: p.200). Luego, reconocimos que revisar las prácticas de memoria que han construido la historia de la zona del Carbón, incluyendo ahora la mirada de sus mujeres, implicaba no solo sumar esta perspectiva, sino también considerar cuál sería la metodología apropiada que facilitara su posicionamiento como sujetos de discurso y así “generar nuevas percepciones sobre las experiencias que tienen las mujeres acerca de sí mismas por medio de sus palabras” (Lau Jaiven, 1998: p.189).

3.1 La construcción de la(s) memoria(s): la perspectiva de género en el trabajo con la oralidad

Desde los años 60 en adelante, algunas historiadoras asumen que escribir acerca de las llamadas historias “otras”, marchaba a contrapelo de la historiografía androcéntrica dominante, que se enfoca preferentemente en “los procesos históricos desarrollados en la esfera pública, entendida como propia de los hombres y que utiliza categorías supuestamente neutras como hombre, humanidad y universal, desconociendo su atadura a una actuación exclusivamente masculina” (Tovar 2010,11). Esas posiciones críticas frente a la supuesta objetividad de las ciencias, en general, y de las ciencias sociales y las humanidades, en particular, permitieron comprender mejor sus limitaciones y sesgos. En el caso de la historia, Joan W. Scott (1993), mediante la aplicación del género como categoría de análisis histórico, demuestra el carácter androcéntrico de los modelos teóricos que sostienen el campo de la investigación histórica y producen un conocimiento específico sobre el pasado y, con ello, también un conocimiento específico sobre la diferencia sexual.

Al respecto, sabemos que como construcción social de la diferencia sexual y como forma primaria de expresar relaciones de poder (Scott 1993), los conceptos de género, en tanto “conjuntos de prácticas, símbolos, representaciones, normas y valores sociales que se elaboran en las sociedades a partir de la diferencia anatómica y fisiológica” (De Barbieri 1992), están en la base de todas las sociedades y tienden a reproducir mecanismos que refuerzan la diferencia expresada como desigualdad. Al respecto, Pierre Bourdieu (2000) señala que la construcción de los cuerpos está inmersa en una “cosmología sexualizada”, que contrapone lo masculino a lo femenino, definiendo sus espacios a partir de la noción de dominación de un sexo sobre otro. Además, esta contraposición se daría en la mayoría de las sociedades,

asumiéndolas no como diferencias sociales o culturales, sino como diferencias naturales (Bourdieu, 2000:13).

En ese sentido, los estudios de la posmodernidad, que desde un paradigma no totalizante ni universalista, conceden gran importancia a las historias locales y al cruce de múltiples ejes de diferencia en la constitución de los sujetos, han otorgado a la memoria un papel central. Este giro epistemológico ha significado el surgimiento de numerosos estudios que abordan el entrecruzamiento de memoria y género, en un intento por “dar la voz” a quienes han estado ocultas y marginadas en el discurso de la historia oficial, gesto que implica trabajar con una perspectiva crítica ligada a los deseos emancipatorios de las mujeres frente a su condición de sujetos subalternos construida por dicho discurso:

Ejercer la memoria sirve para delatar las maniobras de borradura de las huellas que fabrican cotidianamente el olvido pasivo y su indiferencia. Sirve también para reanimar los restos aparentemente vencidos de un pasado lleno de simbolizaciones rotas, de quiebres ideológicos, de remanentes utópicos de una historicidad que, sin embargo, podría todavía re-imaginarse deseante para zafarse de la monotonía de este pasado rutinizado por la tecnocracia de los expertos” (Richard, 2000: 56).

En esta línea, buscar relatos sobre la participación de las mujeres en los acontecimientos políticos y sociales, no sólo implica visibilizar su presencia y acciones, sino también contribuir a re-escribir la historia de toda la comunidad, puesto que la historia de las mujeres está íntimamente vinculada a la historia de los varones. Se trataría de recuperar para el acervo cultural de una comunidad aquellos conocimientos excluidos, enriqueciendo su legado, ya que, como señala Diane Almerás, “la exclusión, el encubrimiento aún parcial de la memoria colectiva de las mujeres empobrece la cultura del grupo al cual pertenecen por el hecho que reduce el mundo de objetos significativos que le conformen” (2000: s/n).

3.2 La oralidad y la construcción del conocimiento: la entrevista como metodología cualitativa

Cuando se refiere a las ventajas de la entrevista como instrumento metodológico de aproximación a la historia de las mujeres desde sus propios relatos de memoria, Ana Lau Jaiven (2008) sostiene que “[e]ntrevistar significa preguntar, conocer a otros/otras, conversar, y, al mismo tiempo, es un instrumento de recolección de vivencias y percepciones de aquéllos/aquellas que han tenido experiencias significativas. Es acercarnos, por medio de una interacción verbal, a la subjetividad del ser humano que entrevistamos” (p.191).

Aunque objeto frecuente de la crítica de los estudios históricos y sociales más

tradicionales, la subjetividad de la fuente oral nos permite rescatar, como señala Delgado Sahagún (2006), esas “evidencias nuevas desde abajo – por relación a la historia dominante escrita desde arriba”, que nos permiten tanto ampliar “los “datos históricos” del acervo documental”, como abrir “nuevas áreas de investigación a las que las demás fuentes no pudieron llegar” (s/n). En este punto, concordamos con Halbwachs (2004) y Jelin (2001) cuando proponen que los procesos de la memoria son sociales y que, por ende, las personas adquieren sus memorias en el seno de un espacio/tiempo social, y desde su presente construyen un sentido para el pasado en un proceso que es activo, construido socialmente, en diálogo e interacción individual y colectiva. Esto cobra especial relevancia cuando nos aproximamos a las distintas valoraciones otorgadas en la memoria colectiva a las acciones, instituciones y espacios que han contribuido en la conformación de la situación actual de una determinada comunidad, donde claramente el sesgo de género ocupa un sitio y una función relevante.

Cabe señalar que las investigaciones desarrolladas en 2013 y 2014 fueron cualitativas, es decir, en términos generales, una “investigación que produce datos descriptivos: las propias palabras de las personas, habladas o escritas, y la conducta observable...” (Taylor y Bogdan, 1994: 20).

Un aspecto relevante dentro de la investigación cualitativa es el cuestionamiento y la profundización de discusiones en torno a la relación sujeto investigador/ investigado, si tomamos en cuenta, en primer lugar, que quienes investigan deben ser comprendidas como personas sensibles a los efectos que causan a las personas sujetas de sus estudios. Por ende, en una investigación cualitativa los efectos de los o las investigadoras en el proceso de las entrevistas no pueden ser eliminados, si bien convencionalmente se intenta reducirlos y/o “por lo menos entenderlos cuando se interpretan los datos” (Emerson, en Taylor y Bogdan, 1994: p.22). Al mismo tiempo, se plantea un cuestionamiento no sólo a las influencias mutuas entre los sujetos implicados en una investigación, sino también a las responsabilidades dentro de ella, como evitar reproducir jerarquías de poder y la apropiación indebida del conocimiento. Consideramos que estas preguntas e inquietudes enriquecen nuestra tarea como investigadoras, pues implican estar atentas a posibles reelaboraciones y cuestionamientos al rol que debemos tener y la reciprocidad en torno a lo producido para con las mujeres y hombres participantes.

Los métodos cualitativos utilizados en ambos proyectos fueron aquellos que nos permitieron recopilar relatos orales y profundizar en aspectos socioculturales durante el periodo de auge de explotación carbonífera en la segunda mitad del siglo XX, en Lota, Coronel y Curanilahue, a través de fuentes primarias (entrevistas en profundidad semiestructuradas) y secundarias (técnica de bola de nieve, bancos de datos).

En el caso de las investigaciones realizadas, escogimos entrevistar a mujeres y hombres que vivieron preferentemente dentro ese periodo y que pudieron narrarnos la historia y el contexto en que las mujeres se desarrollaron durante

las décadas del cuarenta al setenta del siglo XX, como principal periodo de estudio. Las personas fueron contactadas mediante la técnica de bola de nieve, que es un método de muestreo que funciona en cadena, donde son las mismas personas dentro de la comunidad las que permiten identificar a quienes, en este caso, tuvieron una relación con la minería, las actividades sindicales, de política partidaria, laborales u otras.

Para esos efectos, diseñamos y realizamos entrevistas semi-estructuradas que pudieran dar cuenta de las historias de vida de las protagonistas, ya sea desde su testimonio directo como a partir de aquel entregado por familiares cercanos. Para la selección de nuestras entrevistadas y entrevistados, ellas y ellos debían cumplir con las siguientes características:

En primer lugar, mujeres de la historia de Lota, Curanilahue y Lota que hubieran tenido un fuerte impacto en la construcción de identidad social y política durante la época de explotación del carbón. Activistas de movimientos políticos y sociales con roles relevantes en la lucha por mejorar la calidad de vida en los pabellones de las minas del carbón o durante las largas huelgas de los mineros.

Hijas, nietas u otros familiares de reconocidas mujeres de Lota, Coronel o Curanilahue.

Por último, amigas, compañeras de trabajo y/o mujeres que hubieran mantenido algún tipo de vínculo con mujeres relevadas por la comunidad o quienes puedan aportar datos que contribuyan a enriquecer la investigación respecto de los cambios y continuidades en los relatos de género asociados a la zona del carbón.

En total, los hombres y las mujeres entrevistadas se definieron por criterios de edad, sexo y pertenencia al territorio estudiado. No se buscó una muestra representativa por clases sociales o actividades políticas y sociales determinadas a priori, sino más bien se indagó sobre mujeres que fueron identificadas como política y socialmente relevantes en la segunda mitad del siglo XX en la zona del Carbón

Esta es la nómina de nuestras entrevistadas y entrevistados en 2013 y 2014:

Nombre	Localidad	Rol
Hildica Angélica y Magdalena Araneda Soto	Lota (2013)	Hijas de Fidelina Soto, dirigente social de la Unión de Mujeres de Chile que apoyó las luchas de los mineros.
Norma Hidalgo González	Lota (2013)	Regidora y Alcaldesa de Coronel por el Partido Comunista.
Oda Novoa Ríos	Lota (2013)	Mujer locera de la fábrica de Lota que cerró en 1951.
Rosa Pinto Luna	Lota (2013)	Dirigente social.
Haydee Soto Aravena	Lota (2013)	Nieta de la dirigente comunal de la Unión de Mujeres de Lota, Nazaria Mendoza Campos, activista social y política que participó en la huelga del 60.
Claudia Vásquez Jara	Lota (2013)	Hija de Nieves Jara, dirigente del departamento de mujeres del Sindicato Minero 6 de Lota.
Elsa Hidalgo	Lota (2014)	Enfermera de oficio y dirigente social.
Yolanda Wilson	Lota (2014)	Contadora, peluquera de oficio, dirigente gremial y concejala electa. Militante demócrata cristiana.
Andrea Hurtado	Lota (2014)	Chinchorrera y dirigente social.
Juana Opazo	Lota (2014)	Chinchorrera y dirigente social.
Guillermo Arce	Lota (2014)	Minero y dirigente social.
Ursinda Montanares	Coronel (2014)	Dirigente social y activista política.
Sergio Álvarez	Coronel (2014)	Minero.
Gloria Saavedra Pino	Coronel (2014)	Hija y esposa de minero (Sergio Álvarez).
Irene Quilodrán	Coronel (2014)	Chinchorrera y dueña de casa.
María Sanhueza	Coronel (2014)	Chinchorrera y dirigente sindical.
Leonidas Peña	Curanilahue (2014)	Concejal de Curanilahue, sobrino de la dirigente política Auristela Henríquez Catril.
Lucila Aguilar	Curanilahue (2014)	Modista y dirigente política.
Nieves Morales Aguilar	Curanilahue (2014)	Dueña de casa, hija de Lucila Aguilar.



*Cierre proyecto 2014, junto a la agrupación "Gracias a la vida" de Lota.
Sede Unión Comunal del Adulto Mayor, Lota.
Autora Claudia Bustos Carrasco
Archivo Fotográfico Museo de Historia Natural de Concepción*

IV. Las huellas de una presencia: las mujeres de la zona del Carbón en los testimonios orales de sus comunidades

Los principales tópicos sobre los aportes de las mujeres a la historia local del Carbón en los que intentamos profundizar en las entrevistas, fueron los límites entre lo público y lo privado, los elementos que conformaban la cotidianidad de la segunda mitad del siglo XX, las relaciones sexo-genéricas entre hombres y mujeres y la participación de estas últimas en la vida social, política y cultural de sus comunidades.

Un aspecto muy relevante que se observa en los diversos testimonios recogidos y que permite contextualizar los roles y acciones políticas de las mujeres durante la época de explotación carbonífera, es aquel relacionado con la organización, las demandas y las acciones políticas y sindicales de los mineros. Veremos que dentro de este contexto se encontraban mujeres que se desenvolvían en el ámbito político más tradicional desde el punto de vista partidista, pero también mujeres que sostenían con su trabajo el hogar, ocupándose tanto de la distribución de los recursos como del cuidado de los/as hijos/as. Al respecto, no podemos abordar los roles de las mujeres sin entender que estos estuvieron y están articulados en relación a los de los hombres y a las luchas que estos llevaron a cabo. Luego, la forma en que ellas definieron su actuar y accionar político se vio condicionado por un sistema sexo-género que las posicionaba dentro de determinadas relaciones y roles establecidos social y culturalmente.

Si entendemos la memoria como “una noción social de interpretación del pasado que se realiza de manera continua en el presente y que tiene efectos concretos en la construcción de realidades”, cuya fuerza simbólica “radicaría justamente en su carácter productor de sujetos, relaciones e imaginarios sociales” (Troncoso-Pérez y Piper Shafir, 2015: p.67), el análisis de los testimonios recogidos en las entrevistas realizadas, más que un ejercicio de mistificar el pasado, nos puede ayudar a una mejor comprensión del acontecer actual y de los modos en que ha sido contada la historia de la zona del Carbón, no solo para agregar un complemento de esa historia, en este caso, la memoria oral sobre el aporte de sus mujeres, sino, como indica Alejandra Brito (2014), para deconstruir y replantear los fundamentos de ese discurso institucionalizado que privilegia una sola mirada sobre los hechos.

4.1 Relaciones de género y división sexual del trabajo: trabajos diversos, diversos roles

Mujeres y hombres a lo largo de la vida son socializados en torno al “deber ser”, es decir, las características y la manera en que deben comportarse según las normativas del sistema sexo/género en el cual se encuentran insertos, las que en su mayoría insisten en el modelo binario, donde lo masculino es entendido como opuesto a lo femenino y en un orden jerárquico distinto, papeles que como explican Conway, Bourque y Scott (2003), no “son biológicamente prescritos sino un medio de conceptualización cultural y de organización social” (p.33).

Desde esa perspectiva, las entrevistadas dan cuenta en sus relatos de la realización de labores asociadas históricamente a lo femenino, entre las que se encontraban estar a cargo de los trabajos del ámbito doméstico y el cuidado de la familia y otros miembros de su comunidad, un ámbito que Marcela Lagarde (1990) define como uno de los cautiverios de las mujeres: el de madrepatria. La mayoría de las mujeres y hombres a quienes entrevistamos coinciden en que el rol de las mujeres era desde pequeñas criar o ayudar en la crianza de las hijas e hijos, dedicarse a las labores dentro del hogar y llevar las cuentas para hacer rendir los recursos familiares:

“¡Trabajar!, no, no, no trabajar no, ella era dueña de casa nomá’ y hacer hijos nomá’ pu y esperar al mari’o del trabajo y hacerle la comí’a, cierto, levantarse temprano en la mañana si aquí el minero eeh dentrabá a las siete de la mañana, pero en su lugar de trabajo donde el minero tenía que irse como a las cuatro de la mañana... para el trabajo de a pie... entonces y la mujer tenía que estar a las cuatro de la mañana haciéndole el desayuno, el caldillo, el caldillo del minero, tenía que estar todo los días” (Entrevistado Guillermo Arce Valencia, Lota).

El sistema sexo-género imperante en la zona del Carbón durante el periodo revisado actuaba como modulador de las experiencias de las personas, ya que si las mujeres debían cumplir con los roles culturalmente asignados, también vislumbramos de qué manera los hombres se veían condicionados a tener que cumplir con el rol de proveedores, con las consecuencias que acarrearaban para ellos este mandato de género:

“...mi padre siempre fue un hombre que fue un ganador de plata como se dice, siempre trabajó bien...o sea llevábamos una vida más o menos holgada, pero mi papá era el proveedor, el que traía el dinero y nosotros éramos; o sea yo siendo la mayor tenía que ayudar a criar a mis hermanos, porque vemos que las mujeres allí en esos tiempos era todos los años tener hijos poh...” (Entrevistada Gloria Saavedra Pino, Coronel).

Como pudimos conocer en las distintas entrevistas, las mujeres realizaban diversos tipos de oficios y tareas asociadas directamente a la división sexual del trabajo y el mantenimiento del espacio doméstico, aun cuando algunas de ellas cumplieron roles políticos relevantes, por lo que disponían de menos tiempo para ocuparse de las labores del hogar, lo que implicó, en algunos casos, la reformulación de los roles del género al interior de la familia:

“Yo tengo entendido que si tengo que nombrar mujeres destacables, mi mamá está ahí también, está ahí, pero también diciendo que tuvo el apoyo de una pareja que la apoyó en esto, porque es súper

complicado, hoy día no tanto, pero hace 20, 30, 40 años atrás, yo creo que es insospechable la cantidad de hombres machistas” (Entrevistada Claudia Vásquez Soto, Lota).

“Mi mamá cuando tenía que salir a reclamar la cosa del agua con las otras viejas, quedaba mi papá con nosotros; él nos bañaba, nos peinaba, nos cambiaba la ropa para mandarnos a los colegios; a esta la peinaba y le hacía una tremenda trenza así. A mí también me peinaba; él hacía el pan, el almuerzo, hacía todo, de haber llegado de la mina; habían ciertos viejos que ayudaban y otros no” (Entrevistada Magdalena Aranedo, Lota).

Aunque en los relatos las entrevistadas mencionan varios trabajos que realizaban fuera del hogar, su aporte económico no recibía la misma valoración que el aporte de los mineros. Esto se hace evidente en las escasas menciones que existen sobre este hecho, debido a la visión machista sobre las labores que cumplían las mujeres en esa época y que obedecía a que ellas no trabajaban fuera de la casa, porque los maridos o los padres no lo permitían a causa, por ejemplo, de ciertos prejuicios o abusos que cometían algunos jefes:

“...Porque los hombres los mineros decían no, mi hija no va a ir de empleada de los jefes, prefería que estuviera sentada en la puerta del pabellón ahí con los pies al sol, pero que no fuera de empleada de los jefes no, además que el jefe lueguito iba a abusar de, de su poderío, por eso había tanta madre soltera, entonces esta emancipación que vino después de los sesenta” (Entrevistada Yolanda Wilson, Lota).

“Es que los mineros eran machistas, mi papá nunca me hizo un cariño a nosotros, nunca...mi papá era el que llegábamos a la casa y era el proveedor y de repente nos miraba, nos pegaba una sola mirada y había que obedecerle y correeeeer y tener el agüita” (Entrevistada Gloria Saavedra Pino, Coronel).

En contraste con estas prohibiciones y este silenciamiento, en todos los relatos se comenta sobre los trabajos de las mujeres, que, en general, eran realizados dentro del barrio o del ámbito doméstico. Fuera de estos espacios, las mujeres debían disputar terreno con los hombres, donde sólo podían acceder a ciertos espacios o tipos de trabajos, como el de locera o enfermera, con el que contribuían o derechamente se hacían cargo del sustento familiar:

“Porque éramos 6 hermanos y el papá era un solo trabajador, entonces la plata en esos años se ganaba muy poquito, entonces mi interés era mío el poder ayudar y poder vestirme yo y ayudar a mis hermanos” (Entrevistada Oda Novoa, Lota).

“...en esos años hija, lo que se ganaba era muy poco, entonces había que buscar por ambos lados para poder sobrevivir poh, para ayudarlo a mi esposo como le digo, para ayudar a criar los niños, para sustentare el hogar, sí, yo siempre le ayudé a trabajar a mi esposo, siempre, sí...” (Entrevistada Irene Quilodrán, Coronel).

“...y los hermanos nos metieron allá abajo en la playa y empezamos a trabajar, y yo no sabía ni que era chinchorrero no sabía ni agarrar un chinchorro ni una cosa, pero ligerito los hermanos le enseñaron a hacer los chinchorros, a trabajar los que trabajaban en el agua, ahí nos metieron como socios de unos pozos, después se hizo uno solo y yo empecé a aprender a trabajar a sacar carbón poh, pa’ poder vivir...” (Entrevistada María Sanhueza, Schwager).

En su mayoría, las labores remuneradas realizadas por mujeres consistían en hacer pan o comida para vender, recolectar mariscos en la orilla del mar, coordinar formas de convivencia en los pabellones, chinchorrear, atender partos -las comadres que llamaban-, labores de enfermeras, costureras, ejercer como profesoras -educadoras sin título-, vender pescado o recolectar mariscos:

“...ella desempeñaba su labor, cortaba el pelo, después ya tuvo un bar donde se vendía especialmente, el harina’o a los mineros pirquineros que salían a los pirquenes y también les vendía comida, entonces ella era bastante conocida en el ámbito de lo que hacía y ... en el tema político, ella era militante del Partido Comunista de acá de Curanilahue” (Entrevistado Leonidas Peña Henríquez sobre su tía, Auristela Henríquez Catril, Curanilahue).

“...Sacrificada como le digo, porque casi todas las mujeres del mineral de Schwager, trabajaban en pan, harina tostada vendían... el que no tenía un terno para las fiestas patrias no era patriota, todos tenían que tener un terno nuevo y ese era un trabajo también para las mujeres, porque limpiaban esa ropa; yo al menos, me tocó limpiar ropa y era cabra nomás poh y echaba un puñado de cáscara de papa, la hervía, las lavaba primero, las hervía y con eso limpiaba la ropa y sacaba todas las manchas, sacaba todas las manchas que habían; se enjuagaban con agüita con una toalla y después se planchaba” (Entrevistada Elsa Hidalgo, Lota).

“...Primero en la escuela de ahí, después entré a la escuela vocacional... y ahí me hice sastre... cosía, bordaba a máquina a mano primero, después ya me gustó coser ropa de hombre, de mujer: esa fue mi profesión”. (Entrevistada Lucila Aguilar, Curanilahue).

“...seguí trabajando, pero en lavado, ahí recibía lavado acá donde yo vivía, aquí en mi casa con mi esposo, lavaba ajeno...que se llama

lavar ajeno es que yo iba a las casas y la gente me mandaba a lavar, pero en esos años no lavábamos en lavadora, antes se lavaba a mano; a escobilla, en bateas que les llamábamos, que le llamaban artesa también...” (Entrevistada Irene Quilodrán, Coronel).

“(…) debido a la falta de cupos que, que habían, en esos años existía mucho las escuelas pagá en Lota Alto, escuela pagás que le llamaban, había muchas, muchas personas cierto, señoras, señoritas que se dedicaban a enseñar a los niños que no alcanzaban matrículas en los colegios en las escuelas ¡sí pueh!! Existía mucho las famosas “catita” que llamaban allí en Lota Alto y yo estudié con la señorita Quine, que le llamaban Georgina e’ llamaría en esos años” (Entrevistado Guillermo Arce, Lota).

Asimismo, muchas de las labores que se mencionan no siempre fueron remuneradas, o algunas incluso que fueron remuneradas, eran utilizadas para el trabajo político en algunos partidos:

Quiero decir que quien designó a mi mamá para que organizara la olla común fue el Partido, ellos la eligieron, el Partido fue el que a mi madre le dijo “compañera usted tiene que hacer este trabajo porque hay que hacer una olla común, usted tiene que cocinar, usted tiene que salir con más gente a salir a pedir a la feria”; ellas hacían todo ese trabajo, tenían que pedir las cosas para la olla común; después tenía que venir a cocinar y después iba a servirle a los hijos de los mineros y a los mineros cuando salían de sus trabajos cuando estaban en huelga” (Entrevistada Magdalena Araneda Soto, Lota).

Entre las actividades remuneradas desarrolladas por las mujeres, destacan las labores de enfermería, que además eran consideradas como labores sociales para ayudar a la comunidad, que surgían como una alternativa para enfrentar las precarias condiciones sociales de asistencia formal de salud. Estas tareas corresponden a cuidados ejercidos por las mujeres, pues ellas eran quienes sabían cómo atender un parto, colocar inyecciones u otros problemas de salud que la vecindad tenía, como nos cuenta Haydée Soto sobre su abuela, Nazaria Mendoza:

“Mira mi abuela, tú sabes que las mujeres en ese tiempo no tenían mucha escolaridad, en esa época, por lo tanto lo que ella hacía, era ayudar a atender los enfermos, qué sé yo, ser un poco la asistente de los médicos en esa época, pero eso a mi abuela le sirvió, fijate, porque ella aprendió a colocar inyecciones, ella se hizo arsenalera sin tener mayor escolaridad, te fijas, y ella, yo me acuerdo, empezó a asistir a los enfermos, ahí en el hospital, obviamente, le sirvió eso de práctica por mucho tiempo, luego de que la echaran del hospital, luego que la despidieran, y mi abuela fue.. le decíamos la doctora del pueblo, porque le decíamos así, porque mi abuela todo, todo el tiempo, colocando inyecciones, asistiendo a los enfermos de los sectores más pobres de Lota, estoy hablando de la Conchilla, de Pueblo Hundido y eeh de todos los lugares que la llamaran y a la hora que fuera” (Entrevistada Haydée Soto, Lota).

“Sí pueh, la enfermera me decía, pero ayudé harto, como ser, a los primos mío, primos hermanos hijos de mi tía Rosa, esos eran seis hijos, a los seis yo los atendí...yo los bañaba, los vestía, se enfermaba ella acostá’íta; yo tenía que levantarme a hacer un agüita a la guagua, cambiarle y la mamá acostá pa’ llevarla al doctor habían, Barriga, era el apellido de uno, decía: “ya parió la Elsa ya”; yo tenía que llevar las guagüitas al doctor” (Entrevistada Elsa Hidalgo, Lota).

Además de las escasas posibilidades existentes para las mujeres de realizar labores remuneradas fuera del espacio doméstico, en los distintos testimonios recogidos es posible constatar, que estas también tenían que ver con el limitado acceso a la educación formal, como parte del sistema sexo/género internalizado y las condiciones económicas de subsistencia, dentro de las que se consideraba como impensado esta oportunidad de formación para ellas y si eventualmente accedían, la preferencia era por una carrera técnica, que se suponía les ofrecía mayores facilidades para conseguir empleo:

“A la mujer le gusta más trabajar ahora, no tener muchos hijos y trabajar y antes no podía la mujer trabajar y no había tampoco, no había trabajo para la mujer, habían muy pocas oportunidades...”
(Entrevistada Ursinda Montanares, Coronel)

“(...) yo siempre soñé con el trabajo social, si yo hubiese podido seguir estudiando hubiera sido una trabajadora social o matemáticas, que era lo que me gustaba, pero había que buscar algo más fácil porque no podíamos todos ir a estudiar al mismo tiempo” (Entrevistada Rosa Pinto, Coronel).

“Yo había salido de la básica... la primaria se llamaba antes también, eeh, de trece año’ había terminado, una profesora que me quería, me tenía lástima, no sé, quería que siguiera estudiando porque en ese tiempo estaba la Escuela Normal, no sé si ahora existe la escuela normal; uno con sexto de preparatoria podía ir a la Escuela Normal, estudiar por dos años, salía como profesora rural como fue la Gabriela...la poeta, Mistral esa era, era rural nomás su educa, educación y no me dejaron las tías. Ahí estaba la tía Marina, la tía Rosa, la tía Georgina, se opusieron porque le dijeron a la mamá Challo que... que ellas que eran hijas no, no habían estudiado, por qué iba a estudiar yo que era nieta... no me dejaron”
(Entrevistada Elsa Hidalgo, Lota).

A los siete años llegué con mi familia, con mis padres y mi hermana a Concepción donde estudié, estudié en una escuela pública y posteriormente las humanidades como se llamaban en esa época, las hice en el Instituto Comercial, porque siempre uno los padres pensaban que si no había dinero para pensar en ir a la universidad, que en esa época era algo del otro mundo, entonces había que buscar una carrera técnica porque era práctica y ser contadora como yo soñaba era algo bueno y por eso estudié en el Instituto Superior de Comercio hasta en esos años el quinto de humanidades (Entrevistas Yolanda Wilson, Lota).

No obstante, hubo algunas actividades, como las de locera y de enfermera, que constituían, dentro de todas estas labores y oficios mencionados, los únicos empleos formales a los que podían acceder las mujeres de la zona, gozando de un status distinto, mayor respeto y consideración por parte de la comunidad, tal como cuentan algunas de nuestras entrevistadas:

“...éramos muy respetadas, creídas de la gente, éramos las capas porque era algo que estábamos aportando para nuestro pueblo, entonces era algo que llevábamos con orgullo, nosotros los que trabajábamos en la Fábrica porque éramos privilegiadas, porque no había más trabajo para las mujeres que solamente la cerámica de Lota, entonces eso era lindo” (Entrevistada Oda Novoa, Lota).

“... la gente que trabajaba en el hospital vivía en el hospital, vivían internas salían una vez a la semana, una vez al mes tenían sus permisos pero se tenían que turnar, ese era el trabajo más común que había y no había más para la mujer y las niñas que trabajaban en el hospital; eran las señoritas porque andaban muy bien vestidas, porque tenían su entrada y eso mismo le exigían uniforme en ese tiempo, bien planchadas, almidonás, porque antes eran almidonados los blancos, esa era la forma de vida de acá” (Entrevistada Rosa Pinto, Coronel).

Así, podemos notar que aflora permanentemente en las entrevistas -independiente de los años en que se relevó la información (2013, 2014)-, la diversidad de quehaceres en las cuales se desenvolvían las mujeres de Lota en el campo productivo, como es el caso de una de nuestras entrevistadas en 2013, Oda Novoa, quien es una de las últimas loceras que aún viven. En cada una de las historias de vida consignadas aparecen los oficios populares practicados tradicionalmente por mujeres, pero que paulatinamente han ido desapareciendo, sin que sean transmitidos a las generaciones que siguen, lo que pone de manifiesto los cambios históricos y culturales que ha experimentado la comunidad de la zona del Carbón con posterioridad a la etapa revisada, entre los que se incluyen, nuevas maneras de asumir las identidades femeninas:

“Yo creo que con el tiempo se ha ido mejorando la imagen de las mujeres del carbón..., porque antes era como muy sometida, sometida al marido, que el marido no la dejaba participar, que la mujer esto o lo otro, ahora como que se ha ido más emancipando la mujer, incluso yo en un momento en que me molestaba la actitud de la gente, de las mujeres de la zona, porque no se comprometían en un 100% O sea, así tengo la visión en estos momentos, pero de que la mujer ahora está más decidida para salir adelante” (Entrevistada Angélica Aranedo Soto, Lota).

4.2 División de los espacios según género y clase

Además de la división sexual del trabajo, en los testimonios de las mujeres y los hombres entrevistados encontramos reiteradas menciones a las divisiones de clases sociales y de género no sólo discursivamente, sino también físicamente, en términos de distribución de los espacios dentro de las mismas comunas y sectores. Se refuerza así la idea de la relevancia de la historia oral como técnica de recuperación y creación de memoria, al permitir “el rescate de las peculiaridades de los sujetos, mujeres y hombres, y de las relaciones que se establecen entre ambos, amén del análisis de las normas y comportamientos individuales y colectivos” (Lau Jaiven, 1998: p.186). En cuanto al espacio en tanto estructura que da cuenta de relaciones de poder, aparece así mencionado desde diversas perspectivas en las entrevistas; entre ellas:

a. División de los sectores:

En el caso de Lota, mientras que los mineros y sus familias vivían en pabellones; los pescadores y chinchorreras o chinchorreros, en la caleta; los profesionales o ingenieros, en Lota Alto; y la gente del comercio, en Lota Bajo. Incluso se describe el sector de los Tilos, que fue una escalera que está situada entre Lota Bajo y Lota Alto, como una zona que efectivamente separaba ambos Lota mediante un portón:

“...habían más de mil trabajadores; la gente tenía sus casas; siempre existió la diferencia entre los obreros mineros y los ingenieros, los profesionales; siempre este barrio pa’ llá era Lota Alto intocable y los comerciantes allá abajo...” (Entrevistada Yolanda Wilson, Lota).

En el caso de Coronel, quienes poseían mayores recursos, generalmente profesionales de la empresa minera, vivían en el sector de Maule y eran muchas las mujeres que se trasladaban a ese sector para trabajar como empleadas domésticas. El caso opuesto correspondía al de las personas que chinchorreaban, las que por desarrollar labores al margen de la empresa carbonífera y vivir en caletas, estructuraban sus relaciones sociales de manera específica, distintas a las de los tradicionales pabellones mineros, lo que significaba experimentar mayores precariedades en cuanto a infraestructura y beneficios sociales:

“No, yo antes era de Coronel, muy jovencita me vine a trabajar acá a Maule, a la casa de las personas ricas para decir una cosa así, de la gente que vivía acá en Maule. Llegué...como a los 17 años, después ya conocí a mi esposo, lo conocí de la caleta y ahí me enamoré y me casé” (Entrevistada Irene Quilodrán, Coronel).

“...Schwager era otro sector de más... ahí habían mejores casas, tenían agua adentro y habían como se llaman, lavaderos públicos donde se podía ir a lavar, donde había agua caliente habían secadores, habían toda clase de comodidades para los mineros... el

carbón también les daban a ellos entonces había más comodidad, pero mi papá nunca se quiso ir para Schwager siempre quiso estar en la Colonia, así que fue más dura para nosotros la vida arriba en la Colonia” (Entrevistado Sergio Álvarez, Coronel).

b. División de los espacios barriales y espacios de socialización:

En el caso de los barrios y sectores residenciales, estos espacios son descritos más extensamente por las mujeres que fueron entrevistadas. Se trata principalmente de espacios comunitarios, como los hornos, pilones, baños y lavaderos situados entre la dicotomía, insuficiente en estos casos, de lo privado y lo público, donde las mujeres –en especial “las mujeres de mineros”- desarrollaban actividades cotidianas, pero también establecían relaciones, donde surgían tensiones por la convivencia diaria y la limitación de los recursos de los que disponían para suplir las labores domésticas, como ocurría, por ejemplo, en los lavaderos:

“No, ahí ya llegaba a los lavaderos, habían llaves y allí llegaba el agua, incluso se hacían muchas peleas porque la gente empezaba a sacar toda el agua, otras querían lavar primero y las otras después” (Entrevistada Angélica Aráneda Soto, Lota).

Estos espacios estaban asociados a pabellones mineros como Lota y Schwager, por lo que en algunos sectores como Maule, donde vivían mujeres dedicadas a la pesca y chinchorro, eran inexistentes, de manera que sus espacios de socialización eran distintos (en el caso de este estudio, no fue nombrado ninguno, refiriéndose solamente a un constante ir y venir del trabajo en el mar al hogar). En una entrevista aparecen también otros espacios de socialización menos comunes, como la peluquería y la escuela, pero que eran castigados socialmente por no esperarse de las mujeres de aquella época preocupaciones como el estudio o los “cambios físicos llamativos”:

Esa forma que te digo yo, una vez que se casaban, ya usaban sus polleras largas, su pelo amarrado atrás en un moño porque esa era como el símbolo de la mujer casada, la mujer minera, era como para el respeto, no sé, no sé, no sé qué pensarían ellas en aquel tiempo, que era bastante extraño (Entrevistada Rosa Pinto, Coronel).

“... ‘tengo razón’, yo le dije, ‘cuando yo digo que ustedes se han quedado, ustedes se van a comprar a Concepción y no hacen nada por el progreso de Lota’; seguía Lota sumido y las mujeres también sumidas con polleras largas, con pelos largos, con moños, con pelos negros llenas de canas y llenas de chiquillos también, porque no tenían uno, tenían varios a la vez...”

“(...) y me iba por esa escalera de los Tilos a Lota bajo, iba y volvía, entonces lucía mi color de cabello y poco a poco hubieron algunas que se fueron atreviendo “pero no tan claro, no tan rojo, no tan

rubio, que se me note un poquitito, que pueda ocultar las canas”; la mujer en esa época era muy muy de su casa, no como hoy, hoy por hoy estamos empoderadas en otro nivel; la mujer del minero no salía de la casa sin el permiso del hombre” (Entrevistada Yolanda Wilson, Lota).

En cuanto a los hornos y los lavaderos, como ya pudimos apreciar, estos eran ocupados en su totalidad por mujeres del sector, respetando el orden de llegada, pues quien llegaba primero acostumbraba dejar una “seña” para indicar su puesto:

“A veces se ocupaban en la tarde el horno, pero si tenían un palo arriba de seña querían que el horno estuviera desocupado todo el día (risas); yo a veces prendía el horno nomás, entonces después llegaban y ‘por qué prende el horno usted si yo tenía seña primero’, ‘bueno, pero es que yo tenía mi pan primero que ya está bueno ya pa’ echarlo al horno’ (...) no había ninguna, pero llegaban con una prepotencia, pero después ya...noo...” (Entrevistada Ursinda Montanares, Coronel).

Por su parte, los espacios de socialización masculinos, además del laboral, eran, en general, tabernas o tertulias, al igual que otros espacios como chinganas o “casas de remolienda”:

“Aparte de ir a trabajar, el minero siempre se reunía en tertulias con demás mineros, en la cual no faltaba el harinao, no faltaba el compartir, comerse una apancorita, comerse qué se yo...ehh, una corvina asada, sierra asada, titre ahumado; íbamos a los partidos y después de los partidos pasábamos a la bodega y eso era, como, digamos, un medio de vida que uno fue adquiriendo porque yo antiguamente yo no tomaba, entré a la mina y me serví porque según decían, el harinao servía un poco para disminuir la silicosis o la neucosis, que es una enfermedad natural, cierto, de los mineros, producto del polvo de la explosión cierto, etcétera. Y son mitos yo creo, que a las finales yo creo es lo que hacían los mineros antiguos yo creo, lo que hacía mi abuelo...” (Entrevistado Sergio Álvarez, Coronel).

En ese sentido, estas divisiones espaciales tienen que ver, por una parte, con marcadas distinciones de género. Por ejemplo, los hombres eran quienes podían trabajar la mina, porque sino “la mina se ponía celosa” (Sergio Álvarez, Coronel). Al respecto, son famosas las leyendas de catástrofes por la entrada de mujeres a las minas, por lo que estas sólo podían trabajar o estar fuera de ella:

“Hubieron excepciones, pero eran más recatadas, el hombre era muy machista, el minero piensa que ninguna mujer puede ir a la mina, no podían bajar, mitos que marcaron mucha historia” (Entrevistada Claudia Vásquez Jara, Lota).

Así es que mientras ellos asistían a prostíbulos o daban paseos y/o se iban después del sindicato a beber algo a algún bar, “las mujeres de los mineros” usaban los lavaderos, los hornos, los pilones y “las mujeres de los profesionales” permanecían la mayor parte del tiempo en la casa. En general, los espacios femeninos del mundo obrero eran de uso doméstico y colectivo, de los cuales los hombres no se encontraban excluidos de usar o visitar, a diferencia de los espacios masculinos, que sí eran de uso exclusivo de los hombres:

“...ellos, los que bajaban a Lota Bajo, ir a Lota Bajo era un paseo con su sombrero de fieltro negro, lo normalmente y una bufanda de seda blanca y se paraban allí en la esquina entre la feria, cientos de hombres, en ese nivel, y las mujeres con delantal y chalupas lavando en el lavadero, haciendo pan en el horno...” (Entrevistada Yolanda Wilson, Lota).

Esta división del mundo espacial masculino, que se distribuía entre lo laboral (la mina), el sindicato (político) y el de recreación (el prostíbulo), correspondía tanto a la clase profesional como a la obrera. En cambio, como hemos ya señalado, los espacios de las mujeres eran de uso comunitario para realizar las labores domésticas, lo que exigía a las mujeres gestionar coordinadamente las rutinas diarias. Otro dato que se desprende de las entrevistas, es que no existió o por lo menos no se describió un lugar de “recreación” u ocio para mujeres. Lo que se relataron fueron algunos paseos que se realizaban a los sectores cercanos, en el caso de Lota, u otros ejemplos de mujeres que venían desde Lirquén al centro de Concepción usando el tranvía. En general, son poco frecuentes las narraciones relacionadas con la diversión; entre estos se pueden nombrar la fiesta de San Juan, Año Nuevo y las comidas que se preparaban para aquellas ocasiones, por otro lado las labores domésticas que desempeñaban, como lavar en el río, que implicaban el traslado a zonas cercanas al mismo, eran instancias que, si bien surgen con una finalidad práctica, eran aprovechadas para hacer paseos familiares.

“(...)la gente de Villa Mora, la gente de la población Berta iban a lavar al río, el río que pasaba por aquí, que ahora ya no queda nada, era un río que atravesaba la ciudad, la gente venía los fines de semana con sus tambores, bateas lavaban en el río ahí, hervían agua, cocinaban y estaban todo el día con toda la familia y se llevaban a los ríos bañaditos, cambiaditos de ropa, porque los metían al agua mientras le lavaban la ropa y se secaba al sol; entonces la gente vivía así, así se vivía en esos tiempos; con una carreta de mano el mayor o el más grande tiraban la carreta para el río y ahí se juntaba la familia como un paseo, pero era el trabajo que se tenía que hacer obligado, porque en las casas no había agua, solamente agua de pozo y lo sacaban con balde; imagínate que la vida era paupérrima, muy paupérrima habían pisos de tierra en ese tiempo todavía acá en las casas” (Entrevistada Rosa Pinto, Coronel).

Sobre las relaciones entre las mismas mujeres, podemos señalar que varían dependiendo de los contextos y las labores que estas realizaban. En el caso de algunas chinchorreras, por ejemplo, vemos que el trabajo duro y sacrificado no dejaba espacio para el esparcimiento:

“El saludo nomás, era muy poco lo que conversábamos, excepto de los niños y que a una la veían y que está linda tu guagüita una cosa así, pero nada más, no era así que...ahora no poh, se juntan las mamás, tienen reuniones o van a cumpleaños...” (Entrevistada Irene Quilodrán, Coronel).

“-Pa’ nosotros no hubo diversión, como joven no hubo diversión como los joven de ahora; era puro trabajar nomá’ pu’ y ayudar a nuestros hermanos más chico’; la señora que eran casadas a sus hijos; no teníamos’ diversión como la juventud de ahora” (Entrevistadas Andrea Hurtado y Juana Opazo, Lota).

En ese aspecto, hay algunas entrevistadas dedicadas más a la política partidista que sí mencionan visitas de otras mujeres para la realización de talleres; sin embargo, esta actividad se realizaba siempre acompañada por algún compañero político. También vemos que dentro de las chinchorreras existían sindicatos en que se agrupaban hombres y mujeres que luchaban por mejoras en sus condiciones de vida, pero se trataban de demandas colectivas sin especificidades de género dentro de ellas. Hoy en día podemos observar también el agrupamiento en distintos sindicatos de mujeres chinchorreras que están articuladas políticamente para exigir reparaciones al Estado en materia de pensiones de gracia.

c. División de los espacios del hogar:

En términos generales, el periodo abordado se describe como una época donde la vida era de muchas carencias y precariedad, sobre todo en lo relativo a las condiciones básicas de vivienda, situación que contribuyó a formar esa conciencia de clase que articula las distintas movilizaciones sociales, que se repiten en la historia de la zona del Carbón:

“-Bueno nosotros vivimos... era una caleta, no población como la que está ahora es una caleta, cierto, donde eran

-Pescadores

-Pocas ruquitas no casas, ruquitas ¿cierto? porque habían pescadores, por eso que se le llamaba caleta.

-Una caleta.

-Ca-le-ta de poca gente. A la cual quien nos daba el agua a nosotros, porque no teníamos alcantarillado, no teníamos nada de nada.

-Ni baño, nada.

-Ni baño, ni nada. ENACAR por intermedio de unas, cuánto se llama, unas una goma, así nos tiraban por un cerrito así pa' bajo, ahí nos daban el agua.

-Usábamos pozo negro" (Entrevistadas Andrea Hurtado y Juana Opazo, Lota).

"Cada tres meses recibían el pago... entonces había miseria, había miseria y mi hermano me llevaba me montaba en'acha me llevaba él, él era mi auto; si había una posa de agua me volvía tomar en brazos pa' que no me mojara los pies y andábamos a pata... no andábamos con zapatos, por eso le digo yo a la gente que ahora se pone tan creída yo le digo ¡no! ¿para qué olvidarse como se crió uno?" (Entrevistada Elsa Hidalgo, Lota).

La comodidad se traduce en la mayoría de los relatos en artefactos que permiten hoy en día a las mujeres disponer de herramientas domésticas, que optimicen el tiempo de ellas y aporten a una mejor calidad de vida. Este dato lo contrastan constantemente las entrevistadas con las dificultades que debieron pasar durante la época de explotación del carbón, cuando la ausencia de elementos básicos dentro del hogar exigía de las mujeres mayores sacrificios y que la vida fuese más precaria en todo orden de cosas, incluso en el tema de la intimidad y la privacidad. En cuanto a esto último, los pabellones nombrados en Coronel y Lota eran muy pequeños y no contaban con más de dos habitaciones. Además, como los sueldos de los mineros eran bajos, era usual que las familias tuvieran pensionistas para así aumentar sus ingresos, por lo que los espacios se hacían aún más estrechos, sumado al hecho de que las familias también eran muy numerosas, lo que contribuía a la falta de intimidad:

"...después de Maule los vinimos a Schwager a dos piezas... una era el comedor como esto, el comedor la cocina era todo poh, el otro era, eran dormitorio, la gente acostumbraba, la gente minera a tener pensionista...la cama que se acostaba uno la dejaba pa' que se acostara el otro como ser, los turnos primero, segundo y tercero. La noche era el tercero...así vivía la gente antes" (Entrevistada Elsa Hidalgo, Lota).

"...no sé si ustedes conocieron esas casas antiguas de los mineros que consistían en una pieza, eran las piezas chiquititas y en el segundo piso habían dos dormitorios; ahí se hacían esas famosas camas catones y ahí se acostaban y aparte de eso existían ahí las "camas calientes", llegaba gente a pedir pensión a mi mamá para la comida, qué sé yo, y para alojar y la misma gente que llegaba, por ejemplo, llegaban dos trabajadores al primer turno, se levantaban

los del primer turno y se acostaban los del segundo, los otros que llegaban, ahí existieron las famosas camas calientes” (Entrevistada Angélica Aranceda Soto, Lota).

Todo este hacinamiento y falta de condiciones mínimas repercutían en las relaciones entre hombres y mujeres, decantando muchas veces en tensiones y violencias hacia las mujeres, en especial, en el ámbito de lo privado:

“...se había ido a las cinco de la mañana, entonces los niños estorbaban, los hombres no tenían paciencia con ellos; cuando el papá llegaba, el chiquillo pa’ la calle, pa’ que no moleste, porque el papá después que se bañaba, comía, porque para el pique⁵, para el trabajo, siempre llevaba manche, cómo se le llama, un sandiwich eh, esa palabra sandiwich no se conocía tampoco... no, era el manche, con la charra, una cantimplora, llamémosla, con agua de yerba y eso era lo que el hombre comía abajo al fondo de la mina. Vida íntima entre matrimonio tampoco había, la mujer era un bulto, un mueble utilizable...cuando el hombre eh decía, entonces el machismo era terrible...” (Entrevistada Yolanda Wilson, Lota).

Al ser la mayoría de los lugares de uso colectivo, la vida íntima o individual era prácticamente inexistente, lo que llevó a colectivizar problemas asociados a lo privado y gestionar todo diariamente desde la precariedad y la colaboración mutua. Ese aspecto central de la vida en la época estudiada, conduce a distinguir diversos temas que pueden ayudar a comprender formas de vida comunitaria y, en particular, formas de vida de las mujeres en la que ellas demuestran un rol activo al interior de esas comunidades, a diferencia de la imagen que se ha construido de ellas en la historia oficial, como compañeras pasivas de sus esposos y varones:

“...por eso te decía en un minuto de esas mujeres que lo llevaban en la sangre, o sea, hubieron mujeres que, yo no recuerdo los nombres, pero ella siempre me manifestaba que ahí se notó la presencia de la mujer y no olvidar que aquí también las mujeres vivieron la represión de Videla, que eso fue otro tema que las marcó. Cuando Videla traiciona y empiezan a perseguir a los comunistas y a la gente de izquierda, muchos hombres tienen que irse de Lota, cruzan el río, se van a Santa Juana, se van a los campos y quedan las mujeres cumpliendo el rol lo que hoy en día comúnmente llamamos jefe de hogar y eso se dio; entonces fueron procesos que fueron derivando una cosa tras otra” (Entrevistada Claudia Vásquez Jara, Lota).

Principalmente, en el caso de los lugares asociados formalmente a la empresa del carbón, la pobreza que se narra en las entrevistas se traduce en una falta de

5 La mina.

espacios y no así en una falta de alimentos, de educación, vestuario o infelicidad por la escasez o falta de entretención, exceptuando las condiciones de vida de las mujeres y hombres que trabajaban como chinchorreras/os. Se suma a esto la precariedad laboral de los mineros, experimentada en jornadas muy largas de trabajo y turnos laborales nocturnos, de madrugada, falta de infraestructuras, entre otras características que hacían la vida difícil, precaria y muchas veces triste, especialmente en el caso de quienes vivían en los márgenes de la explotación carbonífera. Esta estrechez espacial y precariedad laboral repercute directamente en una mayor carga para las mujeres, pues eran ellas quienes debían sortear los inconvenientes que significa la vida en un espacio colectivo, gestionando constantemente, como ya hemos mencionado, el uso compartido de baños, pilones de agua, lavaderos, hornos e incluso de las habitaciones:

“...entonces había que esperar a que el hombre llegará del turno y bañarlo porque los pabellones no tenían baños privados o dentro de la casa, sino que habían baños comunes, sino afuera, así como existían los hornos para ir a cocer el pan, eso era mancomunado...”
(Entrevistada Yolanda Wilson, Lota).

En particular, la problemática de ausencia de los baños para los mineros después de los turnos de trabajo, fue tomada como una demanda generalizada, considerando, como indica nuestra entrevistada, ya que en los pabellones sólo existían esos baños de uso común, lo que repercutía no sólo en la calidad de vida de los hombres, sino en la de todo el entorno familiar. Dentro de esa rutina, eran las hijas quienes debían ayudar en el transporte del agua para sacar el carbón de la piel del minero y las mujeres quienes diariamente, como en una especie de rito, debían lavar el cuerpo de estos, de modo que las labores domésticas y los horarios del hogar giraban en torno a la llegada del minero:

“...yo como hija mayor, tenía que ayudar a mi mamá, en esos tiempos no había lo que hay ahora, los adelantos ...eh por ejemplo nosotros vivíamos en la Colonia y allí había que acarrear el agua; el papá llegaba todo sucio, todo teñío su carita; había que tener el agua, salir de cerro en cerro buscando el agua para que se lavara; la mamá tenía que estar lavando, haciéndole pan y tenía que estar porque a las cuatro de la tarde llegaba el dueño de casa y tenía que estar todo listo, porque el minero de por sí era muy machista, era el que mandaba en la casa” (Entrevistada Gloria Saavedra Pino, Coronel).

“...la vida era muy dura para la mujer; las mujeres al menos teníamos que trabajar para los niños, para su marido...todos los días ella llegaba de la ropa minera, porque al principio en estas minas no tenían baño a la salida, ni en Lirquén tampoco y cuando fue dirigente, pidió hasta que les hicieran baño en Lirquén y así pasó acá en Lota, en gobierno de Eduardo Frei, se reclamó...”

como ya teníamos derechos nosotros, a reclamar, que habíamos trabajado en la campaña, entonces reclamamos los baños en las casas y baños en...a la salida de la mina” (Entrevistada Ursinda Montañares, Coronel).

Debido a estas condiciones de vida, es posible sugerir que muchos de los logros que a la larga obtuvieron los mineros fueron mediados por iniciativa de las mujeres. Acortar la jornada laboral, poner buses de acercamiento, poner duchas en los lugares de trabajo, entre otros logros, efectivamente fueron beneficios que contribuyeron a aminorar “la asistencia que las mujeres, las camarás” brindara al minero, como nos mencionan en diversas oportunidades tanto entrevistadas como entrevistados:

“Por necesidad, necesidad tan básica como no tener agua en su casa, no tener luz, eso se dio por la movilización de las mujeres; en los mismos pabellones empezaron a conversar, después a llamarse; se juntaban para reunirse y ponerse de acuerdo, para avanzar en la movilización que ellos tenían; se iban a reunir a los cerros, de una forma bien particular, porque llevaban biblias, iban y llegaba el momento que si llegaba la represión ellos estaban predicando y orando en el lugar, terminaban y ellos se iban nuevamente con lo que estaban haciendo, pero siempre se organizaban así” (Entrevistada Angélica Aranedo Soto, Lota).

“Intervenían, hablaban, daban su punto de vista, porque ellas eran las que paraban la olla y como todavía sigue siendo en el país, en la zona de que el 80% son los hombres los que llevan el sustento a la casa. Ellas también conocían la realidad y estaban donde dolía la cosa, tenían ellas que poder... en ese entonces las mujeres tenían bastantes hijos y era muy difícil poder mantener el sustento para tantos hijos, entonces ellas eran las que tenían la voz sonante y cantante sobre el tema de los ingresos a las casas, por eso participan bastante en los conflictos, porque a ellas les urgía que solucionara luego los conflictos y ahora es casi lo contrario” (Entrevistado Leonidas Peña Henríquez, Curanilahue).

4.3 Contexto general de condiciones laborales y huelgas asociadas

Como se explicita en las entrevistas reunidas, las condiciones laborales a las que estaban expuestos/as quienes trabajaban en las faenas en torno a la extracción del carbón, eran muy precarias. Por un lado, tenemos a quienes trabajaban en las minas, tanto dentro como en las inmediaciones de estas, y, por otro, a quienes trabajaban recolectando el carbón que salía hacia el mar, los/as chinchorreros/as. A su vez, las condiciones laborales en las que se desempeñaban estos grupos eran diferenciadas y tenían consecuencias tanto a nivel social como de salud. Las mujeres chinchorreras que entrevistamos nos mencionan, por ejemplo, una

serie de consecuencias derivadas de una vida de trabajo y de esfuerzos físicos por estar constantemente en el mar, como son los problemas articulares que padecen; mientras, los hombres mineros sufrían las consecuencias de la exposición constante al polvo de silicio que desencadenaba la llamada “enfermedad del minero”, la silicosis:

“-La artrosis, la columna

-Los pulmones es que tanto resfriado y todo eso

(...)

-Mucho frío... entonces todo eso se agarrota, su estómago porque no se comía bien, no se alimentaba bien uno...” (Entrevistadas Andrea Hurtado y Juana Opazo, Lota).

“La silicosis del trabajo, porque todo el tiempo le daba garretero, todo el tiempo estaba con garretero, garretero desde que entró a trabajar, y la silicosis y la diabetes que se le declaró también...” (Entrevistada Ursinda Montanares, Coronel).

Estas condiciones precarias de salud, sumadas a un sistema de atención deficiente, la carencia de servicios higiénicos y los accidentes laborales, derivaron en un amplio movimiento obrero que estuvo fuertemente organizado, decantando en numerosas huelgas. En ese sentido, las tres zonas en las que enfocamos esta investigación, Coronel, Lota y Curanilahue, si bien poseen un tronco general de historia relacionada a la explotación del carbón y resistencia obrera, poseen además hitos específicos que fueron nombrados de manera somera en las entrevistas. Entre ellos, podemos visualizar las grandes huelgas del carbón de los años 20 y 60, esta última interrumpida por el terremoto del mismo año.

Algunos entrevistados y algunas entrevistadas profundizan en las implicancias que tuvieron estas movilizaciones, en especial la del año 1920, cuando se consiguió la llamada “ley de lámpara a lámpara”, gracias al movimiento de los obreros del carbón y las movilizaciones de aquella época, las que no incluyeron solo a los hombres que trabajaban en las minas, sino también a todas las familias obreras:

“...trabajaban 12 horas porque en salir pa’ arriba era una hora no, y después se puso de lámpara a lámpara las 8 horas. Cuando sacaban la lámpara para empezar a bajare y después pa’ subire para dejar la lámpara ahí, eran 8 horas, así que le quitaron 4 horas que estaban trabajando demás los hombres, los dejaban y llegaban como monos a las 4 de la mañana, cuando el turno de... el cuarto turno yo tenía que dejar agua caliente en un tiesto grande y esperarlo pa’ bañarlo; él se lavaba pa’ abajo y yo lo lavaba de aquí pa’ arriba y con agua caliente...” (Entrevistada Ursinda Montanares, Coronel).

La participación de las mujeres en estas movilizaciones fue muy relevante, tal como destaca Consuelo Figueroa (2009), quien plantea que en estas primeras huelgas lo femenino fue identificado con el origen de las problemáticas y bataholas sociales pues eran las mujeres quienes propiciaban la aglutinación de los trabajadores, en este caso “...la huelga larga de 1920 (...) tuvo como consecuencia el reacomodo de las políticas asumidas por las compañías mineras las acciones de los trabajadores y la participación de las mujeres como actores más presenciales y protagónicos en el desarrollo social de la zona” (2009: 75). En palabras de las entrevistadas y de los entrevistados, eran las mujeres quienes cooperaban en el mantenimiento de estas huelgas ayudando en las labores del hogar, organizando las tareas en espacios específicos como las ollas comunes y apoyando en las inmediateces de la mina:

“...cuando ella era militante y acompañaban a los mineros, en las huelgas grandes, llevaban a toda su familia, a la señora, a la hija, a todos. (...) ellas eran las que paraban la olla en las huelgas grandes, en los conflictos...” (Entrevistado Leonidas Peña Henríquez, Curanilahue).

“Las mujeres estaban presentes, estaban presente trabajando, bueno, el trabajo que los hombres consideraban que era para las mujeres, la parte de cocina, la repartición de cosas, siempre como en segundo plano, pero igual se las arreglaban para sobresalir” (Entrevistada Rosa Pinto, Coronel).

Destaca también en estos testimonios la importancia otorgada a la relación de solidaridad establecida entre las mujeres de Lota, en particular, durante la llamada “huelga larga” de 1960, unión que hizo posible que ese movimiento pudiera sostenerse por el largo periodo de tres meses:

“...sabes qué a larga de estos movimientos que se dieron en Lota y en la zona en general yo creo que nadie podía desconocer las labores que tenían las mujeres, porque acuérdate qué ahí nacen las ollas comunes, que es una forma de solidarizar con las familias de mantenerse unidos y ellas también hicieron ese proceso, ellas también fueron reconocidas también, por lo que me acuerdo que mi papá, mi abuelo Bernardino, que es la segunda pareja que tuvo mi abuela, mi abuelo siempre decía de que era grato volver del sindicato y encontrarse con algo pa’ comer, porque cuando ellos sabían que no había nada antes de salir y tener una sopa, algo calentito después de llegar del sindicato, después de llegar de la huelga y encontrarse que estaban todas las vecinas ahí juntas, tratando de organizar y de mantener la cuestión ahí pu’, porque si no la presión de la familia versus no tener que comer obligaba muchas veces a desistir de estos movimientos .. pero si se mantuvieron largamente

estos tres meses fue justamente por el apoyo que tuvieron de las mujeres” (Entrevistada Haydée Soto, Lota).

Esta alianza entre las mujeres no era sólo en lo referente al apoyo y la unión para enfrentar las luchas sociales y políticas, sino también como una práctica cotidiana, establecida desde los comienzos de Lota como campamento minero, creando lazos y permitiendo el desarrollo de la misma explotación minera, pues las tareas realizadas por ellas en el ámbito doméstico, articulaban la base de la estructura social que sostenía el funcionamiento productivo de la mina.

En cuanto a las condiciones de salud durante la época de explotación carbonífera, estas fueron cambiando paulatinamente. Por una parte, con la institucionalización cada vez más progresiva de la biomedicina y la búsqueda de una disminución de las muertes maternas, se trasladaron los partos desde las casas hacia los hospitales y las atenciones, antes en manos de parteras, pasaron a ser parte del ejercicio profesional de las matronas. En las entrevistas a las mujeres se puede ver este cambio; en el caso de las menores de 60 o 70 años señalan haber tenido sus hijas/os en hospitales, mientras las mayores a ese rango de edad, mencionan que parieron en casa con el apoyo de otras mujeres, que se desempeñaban como parteras. Un dato muy interesante de analizar surge cuando las entrevistadas se refieren al “seguro” o “el control sano”, ya que nos habla no sólo de un cambio a nivel de salud sexual y reproductiva, sino también de cambios en las políticas públicas con respecto a la salud de las personas, en específico de los obreros y sus familias. Entendemos que el primero de ellos alude a la Caja del Seguro Obrero Obligatorio de 1924, cuyas inversiones se concentraron en el establecimiento de consultorios de salud y postas rurales, dando posteriormente origen, en 1952, al Servicio de Seguro Social y al Servicio Nacional de Salud⁶:

“En el hospital, yo tuve a todos mis hijos, mi suegra sí, ella tuvo hijos en la casa, con partera sí, yo no, gracias a Dios me iba al hospital porque... No sé poh, me daba la fuerza para llegar allá... él cuando nació pesó 5 kilos y usted como me ve, bajita, lo tuve natural, natural, natural...los cuatro hijos que tuve fue al natural yo no tengo mi guatita rajada, no, yo los tuve todos normal, sí...” (Entrevistada Irene Quilodrán, Coronel).

“Porque nunca quise irme a un hospital, ella la última, la sacó una abuelita que tenía más de 80 años...ella me atendió, “el último camarón que saqué”, decía ella. Se murió después la viejita y todas en la casa” (Entrevistada Ursinda Montanares, Coronel).

La mayoría de las personas a quienes entrevistamos nos reiteraron en varias ocasiones la marginalidad y pobreza en las que crecieron, vinculadas, indudablemente, a las precarias condiciones laborales y habitacionales en las que

6 Recuperado en noviembre de 2014 de <http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-93761.html>.

se desarrollaba la vida alrededor de la explotación minera del carbón. Por ejemplo, muchos de quienes se transformaban en chinchorreros/as o mineros no poseían un nivel de escolaridad mínimo, por lo que no tenían otra manera de acceder a mejores fuentes de trabajo que les permitieran asegurar el sustento diario:

“...y de ahí se veían los jóvenes cuando algunos no estudiaban, algunos llegaban hasta 8vo básico, algunos no, porque eh el minero de por sí eh, ganaba su plata, pero a la vez eran muy...eh derrochaba todo lo que ganaba, muy poca gente pudo salir adelante, fueron muy poquitos los que podían tener un piso de madera, porque casi la mayoría tenía piso de tierra eh, los hijos sin zapatos, esas cosas” (Entrevistada Gloria Saavedra Pino, Coronel).

“...nuestros padres no tenían como para darno’ una educación ¿cierto? como ahora to’o se los dan y antes no poh

-Antes nos mandaban a la escuela pa’ aprender a leer y a escribir nomá” (Entrevistadas Andrea Hurtado y Juana Opazo, Lota).

A través de los relatos pudimos constatar la fuerte división de clases existente entre los directivos más altos de las mineras –como los ingenieros- y los obreros. Al mismo tiempo, dentro de ese conjunto de hombres y mujeres obreros con ingresos más precarios, había también una jerarquización, donde eran los/as chinchorreras/os “los más pobres de los pobres”, tal como comenta una entrevistada de Lota, puesto que, además de chinchorrear, debían realizar otras actividades como pescar o vender diversos productos para poder completar un sustento básico:

“Ah sí, ¡los mineros eran loos mineros!!

-Tenían mejor y trabajo, que la gente de la caleta.

-Claro poh, la caleta vivían puros pescadores, que salían a pescaran nomá’; ellos vivían de su pesca nomá’; los mineros eran aparte.

-Claro, de la pesca y del chinchorreo” (Entrevistadas Juana Opazo y Andrea Hurtado, Lota).

Estas mujeres chinchorreras describen, como hemos podido apreciar, una existencia con muchas más precariedades y necesidades económicas. La labor de chinchorreras o chinchorreros consistía básicamente en rescatar el carbón que la minera desechaba a la mar, una labor practicada bajo condiciones muy duras, con una remuneración mínima, lo que hacía de las caletas zonas de mayor miseria que aquellas vinculadas formalmente a la mina:

“Y había que ayudar también a apalear el carbón, había que ayudar a tirar el carbón pa’ arriba, ... ponían unos tremendos tablones y ahí se subía pa’ arriba con los sacos y ahí se vaciaban arriba del camión. No, si era mucho sacrificio, se sufría mucho... en esos años se sufría para sustentar su hogar, no como ahora,

que yo hallo que es más fácil... sí, hay otras maneras también para trabajar, en esos años y menos, claro. En esos años, imagínese como le digo, no había horario para trabajar, si salía el carbón a las dos de la mañana, a las cuatro de la mañana, a las cinco de la mañana y a esa hora había que meterse al agua..." (Entrevistada Irene Quilodrán, Coronel).

"A mano, cuando venía cayendo el carbón la gente lo iba recogiendo a mano, como abajo donde iba a piedra, ahí también la gente había, mujeres con niños que trabajaban, hombres que trabajaban ahí, recogiendo; había gente que alojaba en la playa, que dormía; a mí muchas veces me tocó; mi marido trabajaba en la noche, porque había aquí en la noche más carbón que el que salía en el día, porque las corrientes se los llevaban, lo arrastraban el carbón y daban la vuelta el carbón y después en la noche salía, y la gente, alguna gente se levantaba a las 4 a las 5 de la mañana y se iban a la playa a ver carbón, si salía en la noche, o bien la gente alojaba, sobre todo los que trabajaban en los pozos, esa gente alojaba toda la noche, y se iban en la mañana pa' sus casas y después otro grupo de gente que trabajaban en el día" (Entrevistada María Sanhuesa, Coronel).

En lo que concierne al origen o procedencia familiar, averiguamos que la mayoría de las familias de las personas entrevistadas provenían de otras regiones o comunas de la región. Esas personas que eran sus abuelos, abuelas, madres o padres, se habían trasladado hacia esta zona en búsqueda de mejores oportunidades laborales y de vida. A pesar de la pobreza, Lota y Coronel eran vistos como polos atractivos para instalarse debido a que el sector minero generaba bastante empleo:

"...no, mi papá nació en Arauco, mi papá venía de Arauco y ahí llegó a Lota. Se vino trabajar acá..."

(...)

"...en esos años que atrás, digamos, aquí trabajaron doce mil mineros de aquí en Lota; dese cuenta era un auge, aquí las casa comerciales trabajaban, muchas casas comerciales surgieron con los mineros, claro con los mineros, porque te daban semanalmente; había, plata semanalmente, se le cancelaba al minero en forma semanal, toda la semana había plata; los días, los viernes se iba a fin de pago, 'canje' que le llamaba uno, al canje era es la palabra nomá', 'vamo' a ir al canje'" (Entrevistado Guillermo Arce, Lota).

"...me separé, entonces tenía que criar y educar a un hijo y aquí era un buen lugar, en esa época estaba en la plenitud en el sesenta el carbón, digamos había tenido más auge en los años cincuenta, pero todavía estaban las cosas bien" (Entrevistada Yolanda Wilson Yáñez, Lota).

4.4 Machismo, relaciones de género y construcción de la memoria

Nos parece importante detenernos en una constante que atraviesa los distintos testimonios recogidos, que ha determinado no solo la convivencia entre hombres y mujeres, sino también la mirada acerca del aporte de las mujeres a la configuración de las identidades en la zona del Carbón: el machismo. Al respecto, Bize y Elgueta (2010) afirman que:

“las disputas por la memoria (...) no sólo se encargan de traer al presente aquello que determinados grupos sienten que merece ser condenado, sino también aquello que marcó, dividió o perturbó a la sociedad y a la convivencia social. La memoria, en este sentido, constituye un campo que permite volver una y otra vez sobre el pasado para reiterar un ejercicio de interpretación que colabora en la construcción de sentidos de la sociedad” (p.19).

En ese aspecto, el machismo constituye aquel tema del que todos y todas hablan, esa verdad incómoda que es difícil de asumir, pero que marcaba el transcurso de la vida cotidiana y que se ha extrapolado a la transmisión de la memoria comunitaria de la zona del Carbón:

“(...) supuestamente el hombre que no le pegaba a la mujer no era hombre, porque era así el machismo, así de poderoso el machismo, muy brutal y, como te digo, la zona cambió; ya queda poca de la experiencia minera, porque son pocos los que quedan; entonces la gente no se encargó de transmitirle a sus hijos, contarle la historia; la gente se queda callada y no cuenta la historia y no se sabe la historia” (Entrevistada Rosa Pinto, Coronel).

“...Mire yo creo eso era, era muy confidencial eso de las peleas, el maltrato se veía también, sí; eso no se puede negar, el maltrato hacia la mujer siempre ha existió, pero no tanto como se ve ahora, se escucha ahora...” (Entrevistado Guillermo Arce Valencia, Lota).

Varios son los testimonios sobre el machismo que se vivía en la zona, que se manifiesta, por ejemplo, en los comentarios sobre las labores que las mujeres debían realizar y que eran los hombres los que tenían el poder de permitir o prohibir que las llevaran a cabo, como también en las menciones a la violencia machista como un hecho recurrente dentro de la vida familiar del periodo:

“Yo en ese tiempo era muy sometida a todo, mis padres me enseñaron a ser así, hija de...mis abuelos mineros, hija de minero, esposa de minero entonces...ante todo tenía que ser la mujer, la hija del minero, ser una mujer valiente; todo lo que decían ellos tenía que hacerse; yo incluso me acuerdo que con la mirada de mi padre, sin palabras, yo sabía lo que él quería, todo lo que él

quería...yo era la que corría a lavarle su overol, tenerle su charrita, su agüita de menta, su manche y después yo también fui así con mi esposo, igual porque también todas sus cosas en su momento, para que ellos fueran a trabajar..." (Entrevistada Gloria Saavedra Pino, Coronel).

Este lugar subordinado de la mujer como un mandato de género arraigado en el contexto revisado, se hace presente en los relatos sobre conductas abusivas de control de los tiempos, el dinero, la vida y la sexualidad de las mujeres, que hoy sabemos tipifican distintas modalidades de la violencia hacia ellas, no solo como un problema de orden doméstico, sino como parte de un trasfondo cultural cimentado sobre el sometimiento de las mujeres a esta dinámica patriarcal:

"No, él iba a buscar su, él traía su plata... la mujer no se podía meter nada en eso, no podía ir, cuando yo estaba en el año 80 casada vi algunas mujeres que iban a buscar su plata allá y se veía mal, se veía feo... porque el que mandaba en la casa era el hombre" (Entrevistada Gloria Saavedra Pino, Coronel).

"...Porque mi marido era como salvaje...le gustaba la mujer, para qué, para dormir con él noma', pa' pasarlo bien él, pero no para uno; me pegaba hasta porque volaba una mosca..." (Entrevistada Elsa Hidalgo, Lota).

"...tuve que enfrentarme a muchas cosas, al riesgo de ser malinterpretada, de tratar con vulgaridad algunos hombres decían "yo sí que voy a poder, yo tengo un lindo auto, yo la voy a invitar; lo que le gusta a ella las cosas finas", pero yo pensaba "si yo quiero avanzar, no puedo caer en esto, porque tengo que evitar que me tengan que apuntar con el dedo..." (Entrevistada Yolanda Wilson, Lota).

Una entrevistada menciona que en su niñez se sentía discriminada por su padrastro con respecto a su hermano, relatando, además, una experiencia vejatoria que vivió cuando fue enviada a un internado de monjas después que la descubrieran conversando con un pololo:

"...fue malo el viejo conmigo también, le gustaban los hijos hombres, a X lo andaba trayendo pa' un lado y otro y a mí, la comida que le servían a uno en la mesa, el pan no se podía comer y el pan es para comerlo decía..."

"...me llevaron a las monjas, de las monjas, la revisaban a uno si era virgen o no, por todas esas cosas, tenía que pasar uno, le preguntaban, uno era pava cuando joven, no como ahora, que las chiquillas son avispadadas, se defienden..." (Entrevistada Elsa Hidalgo, Lota).

En medio de ese ambiente de violencia de género instalada y naturalizada, los espacios comunitarios operaban muchas veces como lugares donde las mujeres podían compartir sus penas mientras realizaban sus tareas habituales, encontrando solidaridad entre quienes vivían experiencias similares:

“Ellas conversaban en los lavaderos, se contarían sus penas, cuando iban a cocer el pan en el horno común también; ahí se encontraban y conversaban y se contaban cómo era el marido, si les pegaba o no les pegaba, porque aquí todas las mujeres, por lo general, eran golpeadas en ese tiempo, porque el hombre era demasiado machista y si llegaba a la casa y no encontraba las cosas como él quería, arrasaba no más con la mamá y los hijos, pero la mujer tenía... era tan sometida..., muchas que llegaban a la convicción que si el marido no les pegaba era porque no las quería y si una vecina le decía que no permitiera ese abuso y le decía “y usted que se mete si es mi marido, si es mi marido y me tiene que pegar”, una regla general que el marido tenía que castigarla” (Entrevistada Rosa Pinto Luna, Coronel).

En ese contexto, resultaba difícil enfrentar al minero y su machismo, porque él en sí mismo representaba un valor, al ser el proveedor de sustento económico, del espacio para vivir, de beneficios que ofrecía trabajar para la compañía, entre otros privilegios que escaseaban en esa época y en otros oficios. No obstante, este machismo también se observa en otras clases sociales o gremios, como el de los comerciantes, donde la mujer incluso perdía su propio nombre para ser conocida como “la señora de”:

“era la ambición de las mujeres antiguas, antiguas lo importante era que la mujer se casara con un minero para poder mantenerse” (Entrevistada Angélica Aranedo Soto, Lota).

“no trabajaban fuera de la casa, entonces ‘taban ellas como asesoras del hogar como le llamamos, como son hoy en día, antes no; entonces eso fomentaba muchas otras cosas, el desgano de superación de la mujer ¿ah? porque estaba acostumbrada a no hacer na’ pu’, porque estaba la señora de...; aquí todas las señoras no las conoce la gente por el apellido de ellas: la señora Fernández, la señora Lagos, la señora pero ¡los mariiiiido! son los que eran ellos, ella podía ser Paredes, Castillo, qué sé yo, pero nadie la conocía por ese nombre, eso en el nivel de profesionales, de empleados, que era de allí pa’cá, todo este sector para el Parque, de allí para allá de los pabellones no, ahí eran ellos los que mandaban y ellos los que se hacía lo que ellos decían pueh...” (Entrevistada Yolanda Wilson, Lota).

A un nivel más general, el machismo ha marcado también la naturalización del lugar subordinado de las mujeres en la historia del Carbón, como ha sucedido

con otros ámbitos laborales en Chile, tal como indica Elizabeth Quay Hutchinson (2014), desconociendo su condición de sujetos activos, cuya gestión fue crucial en el desarrollo industrial y la formación de clases de esta zona, a través de una dinámica de género relacional que atraviesa desde sus comienzos la lucha política por los derechos laborales y humanos de las personas ligadas a la explotación carbonífera:

“Claro, sí, la mujer participaba mucho, como le digo yo, era muy activa, muy activista, de hecho tantas mujeres que aquí se recuerdan que fueron tantas líderes aquí puh...”

“Claro como que se unía la fuerza porque el objetivo era uno noma’ pu’, luchar por las reivindicaciones, que estaba solicitando el minero entonces bucha, se veía que esto no avanzaba, entonces que mejor apoyo que la mujer, que es la camará, entonces se integraba también la mujer a esa lucha del minero, ve usté, varias fotografías, nunca va a ver una fotografía que se vea puro’ hombres pu, siempre hay una mujer entremedio, ese el motivo. Aparte que era machista pero en ese sentío ahí vamos a la pelea todos noma’ pu ah...como una contradicción” (Entrevistado Guillermo Arce Valencia, Lota).

4.5 Acción política femenina en la historia de la zona del Carbón

En este punto, nos parece conveniente recordar la configuración de los primeros asentamientos urbanos en Lota hacia fines del siglo XIX y cómo a raíz del inicio de la explotación carbonífera, los hombres se abocan principalmente a labores de extracción del carbón y las mujeres a trabajos como lavanderas, sirvientas, bodegueras, etc. Según la historiadora Consuelo Figueroa (2009), las mujeres en este periodo gozaron de autonomía, pero la compañía minera y también las organizaciones de trabajadores implementaron políticas que tendían a recluir a las mujeres en papeles propios y excluyentes, como la crianza, el cuidado de la familia, aseo y mantención del hogar. El desorden social, los juegos y el alcohol, habrían llevado a la empresa a impulsar iniciativas de control familiar que favorecieran la conformación de núcleos familiares tradicionales, donde el hombre era el proveedor y la mujer esposa, madre y dueña de casa. Por su parte, la historia oficial, contada mayormente por hombres,⁷ relega así insistentemente a la mujer minera al cumplimiento de sus roles domésticos y reproductivos.

7 Vid. Astorquiza, Octavio. Cien años del carbón de Lota: 1852-Septiembre-1952. Antecedentes históricos, monografía y estudios sobre el desarrollo industrial, económico y social de las minas carboníferas de Lota en su primer siglo de vida. Santiago: Zigzag, 1952; Castro Sauritain, Carlos. Carbón del Biobío. Santiago: Alfabeta, 1988. Figueroa, Pedro Pablo. Historia de la fundación de la industria del carbón de piedra en Chile: don Jorge Rojas Miranda. Santiago: Imp. del Comercio, 1897. Kaempffer Villagrán, Guillermo. Así sucedió 1850-1925: sangrientos episodios de la lucha obrera en Chile. Santiago: s.n., 1962, entre otros.

Por el contrario, Figueroa afirma que, pese a los intentos de “domesticación”, las mujeres son capaces de construir “nuevos espacios de negociación”, en los cuales “el nuevo ideario discursivo, a pesar de restringir en estos aspectos las libertades femeninas, ofrecía nuevas actividades que les otorgaban un estatus social reconocido en términos positivos por los otros sujetos, validando su presencia y acción en una sociedad dependiente de la actividad carbonífera, eminentemente masculina” (2009:145). Así, en el año 1920, con la llamada “huelga grande”, el protagonismo femenino cobra especial relevancia en los macro-espacios-públicos con su presencia masiva en las manifestaciones y los movimientos huelguísticos, tal como advirtieron los anarquistas venidos de otras zonas del país para apoyar el movimiento minero (Valenzuela Cáceres, 2013).

Esta participación política de las mujeres en Coronel, Lota y Curanilahue se ajusta a lo que Sonia Montecino en su artículo “Dimensiones simbólicas del accionar político y colectivo de las mujeres en Chile: una propuesta de lectura desde la construcción simbólica del género” (1997) denomina acción política femenina. En dicha investigación, Montecino recoge los planteamientos de Lola Luna, posicionando el accionar de las mujeres dentro de una trama de símbolos y valores que definen los modos diversos en que estas actúan en el campo político, constituyendo este un espacio entre lo social y lo simbólico siempre diverso, múltiple y complejo. La autora establece una tipificación de tres movimientos de mujeres en América Latina que nos pueden ayudar a situar las modalidades en que las mujeres del periodo revisado operan, desde diversos espacios y desde distintas formas de poder:

- a. Feministas: Como antecedentes de estos estarían los movimientos sufragistas y de derecho a la ciudadanía, reivindicando derechos e igualdad.
- b. De sobrevivencia: Estos, vendrían a reivindicar labores ligadas a la división sexual del trabajo.
- c. Madres: En contexto de dictaduras estos vendrían a defender la vida de los/as hijos/as y la denuncia ante Estados que ejercen violaciones a los derechos humanos.

Lo que más nos interesa relevar de esta propuesta que plantean Montecino y Luna, es la necesidad de encontrar herramientas analíticas más acordes tanto con las realidades latinoamericanas, como con la forma de hacer política de las mujeres, no sólo esta percepción tradicional de que el ingreso al espacio público y la participación en partidos políticos tradicionales representaría una suerte de empoderamiento, sino más bien, en el sentido que el ejercicio de acción política estaría dado en diversos espacios, diversos contextos y complejas articulaciones de poder que se desencadenan por procesos personales y por motivaciones específicas como pudimos apreciar en todas las entrevistas. Es importante por tanto “...ir más allá de la dicotomía público/privado para entenderlos, toda vez que esa dicotomía sólo nos permite leer lo ya sabido: la escasa participación de las mujeres, su

situación de dominada y su debilidad frente al poder. Vale decir: no nos permite comprender a las mujeres como sujetos sociales, sino que las define como víctimas de sus circunstancias” (Luna, en Montecino, 1997, p. 103). Por ello, el concepto “campo de acción femenino” nos permite indagar en las intersecciones y espacios que tienen repercusiones en los procesos político-sociales, que, en este caso, correspondería a las demandas, movimientos y formas de vida durante la época de explotación carbonífera, puesto que las mujeres, en general ejercieron, poder a nivel local e influencia en sus espacios cotidianos y públicos. En este contexto, revalorizar lo cotidiano, lo barrial y estas intersecciones nos permite desligarnos de la valoración jerárquica de las esferas tradicionales, haciendo aparecer nuevas lecturas sobre las acciones y aportes de las mujeres.

En el campo de la actividad política, las principales motivaciones de las mujeres para incursionar en esta área, ya sea en el marco de un partido político o participando en otro tipo de instancias de esta índole, están vinculadas a las condiciones de vida de sus familias y laborales de sus maridos u otros familiares, ello porque las consecuencias de la precariedad laboral recaían también de manera directa en ellas y en sus hijos/as. También un fenómeno más reciente que se produjo como consecuencia del cierre de las minas, fue el ingreso masivo de las mujeres a trabajos remunerados, lo que tuvo repercusiones no sólo en lo relacionado a nuevas formas de ingresos para el sustento familiar, sino también en las relaciones de género.

Vemos que la clasificación que realiza Luna en cuanto a las motivaciones que llevan a las mujeres a estos terrenos, se relacionan con las labores que históricamente se les han inculcado. Sin embargo, cuando las mujeres hablan de estas influencias y las razones por las que salen a trabajar o por qué comienzan a introducirse en la política, podemos ver que estas lo hacen motivadas por una fuerte conciencia social y de clase, que se encuentra indudablemente atravesada por los roles de género, nutriéndose también de otras variables:

“...eso me dolía, que hubiera esa clasificación, para allá los rotos con plata y aquí las señoras de los jefes. Yo en la peluquería comprobaba que las señoras de los jefes iban con los quinientos pesos justos que valía en ese tiempo el peina’o; sin embargo, la rota con plata que trabajaba en la feria, que iba con delantal y que sacaba de aquí entremedio los billete tenía jun tuuco!! de billete para pagar; entonces esa esa cosa a mí me dolía, me dolía a mí como persona; yo no estaba considerada en ese grupo, pero me dolía, entonces eso me hizo, ir pensando en superarme en cambiar, en defender la posición de mujer y eso me llevo a la política, ves tú...” (Entrevistada Yolanda Wilson, Lota).

“...en la protesta por ejemplo en la marchas del sesenta, las mujeres salían a defender a sus maridos, a sus hombres y los niños los repartieron a Concepción para que los tuvieran allá y no les faltara

comida ... entonces ellas se atrevían a llegar, a estar cerca del pique y llevaban sus canastos de pan para que tuvieran que comer los hombres que estaban en la huelga y después los que estaban presos, porque en el año cuarenta y siete en el tiempo, yo no estaba aquí en el tiempo del “señor Videla” (tono burlesco); entonces los llevaban en carros los llevaban detenidos a Pisagua, a diferentes partes, las mujeres quedaban solas con los niños, entonces la segunda movimiento grande en el años sesenta ¡ellas fueron a repartir los niños!, pero ellas siempre estaban al lado del hombre, defendiendo los derechos y apoyándolo fuera como fuera” (Entrevistada Yolanda Wilson, Lota).

“Bueno, a ella siempre le llamó la atención las condiciones en que veía llegar a mis tíos desde los pirquenes de las minas de carbón, bastante cochinos, bastante sacrificá la pega y lo que se ganaba no era mucho...” (Entrevistado Leonidas Peña Henríquez, Curanilahue)

En la recolección de testimonios de mujeres destacadas como dirigentes políticas y sociales de Lota efectuada el 2013, se mencionan los trabajos y escuelas que desempeñaban las dirigentas para lograr impacto político y mayor participación de sus congéneres, en especial, en lo relacionado con el derecho a voto. Posteriormente se siguió haciendo trabajo político, en algunos casos con fuerte influencia de otras mujeres que ya estaban en cargos políticos:

“Yo creo que para todo era importantísimo la participación de las mujeres, mi mamá era una de las que andaban ahí, uno se sentía importante, se sentía con ganas de seguir haciendo lo que ellas estaban formando y creo que no tan sólo yo, sino que todas las personas que dependíamos de las hijas de los obreros, de los mineros en este caso, porque nos guiaban cómo hacer las cosas a pesar que se daban el tiempo, porque la mujer estaba más comprometida de cuidar a los hijos, para atender a los maridos, para hacer lo que tenía que hacer, la participación en las escuelas, en los colegios era bastante criticado por algunos profesores”. (Entrevistada Haydée Soto, Lota).

“...ella siempre decía que cuando las mujeres se decidían a entrar o a hacer alguna cosa por las mujeres o por la gente, a diferencia de los hombres, las mujeres no se iban pa’ la casa y, claro, con el tiempo tú te dai cuenta que esa filosofía a lo mejor tan básica efectivamente es así pu, ¡ya! y ella siempre decía que a ella le gustaría o que le gustaría en esa época de que hubiera más ponte tú, más, Norma Hidalgo...eran super amigas con la Mireya Baltra, ya, que hubieran más Mireya Baltra, que hubiera más Julieta Campusano, ella se

sentía súper orgullosa de las mujeres de su partido, pero también en la iglesia” (Entrevistada Haydée Soto sobre su abuela, Nazaria Mendoza, Lota).

Uno de los hitos o momentos históricos mencionados corresponde al relato de la participación de una de nuestras entrevistadas de Curanilahue en los inicios del movimiento obrero chileno liderado, entre otros, por Luis Emilio Recabarren:

“Compañera, cuando empecé. Empezó la Federación Obrera de Chile, en el campo en la ciudad en todas partes... Luis Emilio Recabarren... anduve del brazo con el viejito lindo, con el compañero Elías Lafferte... mis compañeros... todos se fueron, me dejaron... Cuando empezó el compañero Luis Emilio Recabarren a visitar la gente campesina, en ese tiempo yo era una mocosita de 8 a 10 años, me recuerdo los primeros cantos que hizo Luis Emilio Recabarren... yo lo conocí, anduve con él, con Víctor Cruz, Salvador Barradán⁸” (Entrevistada Lucila Aguilar, Curanilahue).

Este testimonio corrobora la necesidad de terminar con el silenciamiento sobre la participación de las mujeres en las luchas sociales obreras en el discurso histórico oficial, como señala Quay Hutchinson (2014), cuando advierte en ese discurso la “descripción de la evolución de la cuestión social en Chile como un fenómeno exclusivamente masculino” por concentrarse en los conflictos entre los trabajadores y sus empleadores masculinos, desestimando “la amplia evidencia de la preocupación pública por las mujeres trabajadoras” (p.19). En contraste, una de las entrevistadas anhela la recuperación de esa memoria sobre el accionar de las mujeres frente a la mirada sesgada de los gobiernos de turno:

“...los gobiernos han distorsionado el verdadero rol y el papel de la mujer en el acto político, porque ellos hacen una selección de mujeres que están en otro lado, que pertenecen a otro conglomerado político y a otro grupo social, pero esta mujer como yo, una profesora, hija de trabajador, mi papá trabajador, mi mamá igual trabajando toda la vida para darme una buena educación. Otras mujeres que son hijas de campesinos, mujeres humildes, esposas de mineros, mujeres de la población; ellas tienen su propia historia, porque de alguna manera han contribuido al progreso y al desarrollo, a la democracia y yo espero que ese sea el futuro que tenga la mujer en Chile, que se sigue incorporando con más fuerza (Entrevistada Norma Hidalgo, Coronel).

8 Se debe referir a Salvador Barra Woll, quien junto a Luis Emilio Recabarren, fue uno de los fundadores del Partido Obrero Socialista en Iquique en 1912. Fuente: http://www.bcn.cl/historiapolitica/resenas_parlamentarias/wiki/Salvador_Barra_Woll.

Entre las otras organizaciones y agrupaciones de mujeres presentes en aquellos años, podemos destacar el Movimiento Pro-Emancipación de la Mujer Chilena (MEMCH), que desde sus inicios sostuvo relaciones con la región:

“Todos, todos los recuerdos...fui presidenta de la Unión de Mujeres de Chile, la MEMCH (en la MEMCH) en toda la bribonada de la derecha, hacíamos tontos a los detectives, a los pacos...teníamos un local...” (Entrevistada Lucila Amalia Aguilar Vargas, Curanilahue).

“Sí, yo conocía a las mujeres cercanas a Maule, eran todas como vecinas ahí, líderes en Maule no habían, líderes habían en Coronel en Villa Mora afuera de la Empresa, aquí estaba la señora Cocó, una viejita que era partera porque antes las parteras eran como las matronas de ahora, esa señora fue muy reconocida en Coronel, otra señora que se llamaba Corina no recuerdo más, pero la más conocida era la señora Cocó con su familia, tenían un grupo de señoras porque en ese tiempo era el MEMCH, Movimiento Emancipación Femenina” (Entrevistada Rosa Pinto, Coronel).

El derecho a voto es escasamente mencionado en las entrevistas, no obstante en uno de los relatos cobra especial relevancia la trascendencia del trabajo puerta a puerta, que significaba la obtención de un derecho largamente anhelado entre las mujeres y, en consecuencia, una vía de acceso a la ciudadanía:

“...tuvimos nosotros que poco menos que andar puerta a puerta, rogándole a la gente para que se inscribiera, para que tuviera la mujer derecho a voto, las mujeres de casa, mujeres de su casa decían no, para que ande...claro que después se convencieron y se inscribían...pero en el año 52 ya nos tocó de votar, el 49 se declaró apta la mujer para votar, nos dieron derecho a voto en el 42 y el 52 pudimos ya estar en las votaciones (...)” (Entrevistada Ursinda Montanares, Coronel).

Muchas son las movilizaciones sociales y políticas en las cuales participaron las mujeres que son evocadas por las personas entrevistadas, entre las que destacan las mencionadas huelgas tanto la del 47 como la del 60, en las que las mujeres se encargaron de conseguir comida, preparar y organizar las ollas comunes:

“... llegaban con camiones de cosas pa’ hacer la olla común, no es que en esos meses tuvieron en huelga en esos años y ella era la cabecilla ahí pu’s de to’á esa gente. Todavía la quiere la gente que la conoce, se acuerdan de ella. Yo me acuerdo de cuando yo tenía seis años o 7, yo del 47, porque yo tengo ahora 73, en esos años tenía 6 años. Ahí me tuvieron que dejar con mi abuelita, mi madrina y a mi hermano lo iban a dejar con mi abuelita y ella se iba a ir con papá a Pisagua” (Entrevistada Nieves Morales Aguilar, Curanilahue).

En especial, es importante mencionar las gestiones que realizaron durante la llamada “Huelga larga” del 1960, en el traslado de las niñas y los niños que enviaron a Santiago y Valparaíso para poder darles un lugar que los cobijara por el tiempo que continuara la movilización, pues sus padres, debido a la paralización de actividades, no recibieron remuneraciones salariales, con sus claras repercusiones en el sustento diario de las familias lotinas, como queda manifiesto en el relato emocionado de la ex regidora por Coronel, Norma Hidalgo, donde expresa el impacto que tuvo el actuar de esas mujeres en la formación de su conciencia política:

“Nombres no te puedo dar, pero si te puedo transmitir una imagen, entregar una imagen del rol que juega la mujer en ese minuto y la imagen es la siguiente: ellas están organizadas en comisiones femeninas, así se llamaban, comisiones femeninas de defensa de la huelga y ellas son las que hacen las ollas comunes, ellas son las que organizan cómo parten los hijos para donde se van, son las que toman los domicilios de donde se trasladan los niños, las que organizan la despedida de los niños, que fue impresionante por lo dolorosa, por el llanto, yo digo por la humillación, porque no es digno, no es digno eso, no fue lindo. Es uno de los gobiernos más intolerante a los derechos de los trabajadores, a su organización y a la defensa de su vida y de su familia, eso a mí me causó un impacto tremendo y creo que yo recogí de esa experiencia la voluntad de fortalecer mi conciencia política y seguir adelante por una causa justa, una causa, la causa de los trabajadores” (Entrevistada Norma Hidalgo, Coronel).

En esos momentos, las mujeres o las “camarás” -como recordaba uno de los mineros- siempre participaron en el quehacer social y político de sus comunidades, afiliándose muchas de ellas a algunos partidos políticos de raigambre popular y obrero, como el Comunista y Socialista, y asistiendo a asambleas, como las que tenían lugar en el Sindicato N°6 de Lota:

“Ella se inscribe, bueno tú sabes que en el año 1947, el partido fue relegado, o sea, fue con la represión de Gabriel González Videla, el partido estuvo clandestino mucho tiempo, entonces mi abuela empezó a hacer una pega también clandestina dentro del partido a ayudar a compañeros qué sé yo, porque si bien es cierto la represión fue menor que en la dictadura el año setenta y tres, recordar también de que fueron muchos compañeros castigados, muchos gente violentada, y también mucha gente asustada con mucha represión encima, y bueno y mi abuela empezó, desde esa época a activar y hacer valer, digamos, el tema de los comunistas, es decir, ella se hizo parte de su militancia y la ejerció de tal forma de que mi abuela estuvo en todo ese proceso ayudando a los compañeros

en ese proceso, entendiendo que ella tenía también a su haber un hermano que estaba relegado en Pisagua” (Entrevistada Haydée Soto, Lota).

“Funcionó mucho, ya después de la huelga sí y se reunían harta e incluso yo te digo, después del terremoto hubo mucha gente que estuvo viviendo en el sindicato número 6, porque tuvieron que sacarlas de las casas por las condiciones en que vivían y ahí ya empezaron a formarse los departamentos femeninos; yo creo que los departamentos femeninos funcionaron mucho antes que eso, porque la gente que militaba, la gente del Partido era mucho más organizada que ahora, más disciplinada, entonces se tomaban acuerdos y eso se cumplía porque se hacían controles de todos los trabajos en ese momento” (Entrevistada Angélica Aranedo Soto, Lota).

“A los 15 años se casa con Fernando Vásquez, quien es mi papá, un hombre netamente comunista, ella venía de una familia comunista, porque mi abuelo comunista de tomo y lomo, y se va formando un matrimonio y una familia de izquierda muy arraigada en las luchas sociales. Mi papá fue Regidor, lo que hoy día podríamos decir que es un Concejal acá en Lota, así es que ella siempre estuvo involucrada en hechos importantes del país, de la comuna, ella ayudó a muchos Senadores, Diputados, salía a hacer campaña; siempre tuvo el apoyo de mi papá; nosotros somos 6 hermanos, todos con un origen de izquierda. Bueno y mi papá fallece en el año '72, yo tenía cuatro años, todos pueden pensar que mi mamá se iba a dedicar a cuidar hijos y no fue así. Mi mamá tiene un arraigo tan importante, que ella sigue luchando lo que fue en el momento de la dictadura y así fue en que llega un momento que forman una organización al interior del Sindicato 6, en los años '80, que es maravillosa la experiencia...” (Entrevistada Claudia Vásquez Jara, Lota).

Es interesante también agregar que el ingreso al partido político o la actividad gremial significó para las mujeres la posibilidad de instruirse, oportunidad que fuera de este espacio era difícil de lograr:

“Me ayudó mucho la formación que me dio las Juventudes Comunistas. Ingresé en el tiempo de Zamorano, después seguí con otros compañeros; habían algunos compañeros del carbón que llegaron al Comité Central, pero la época en que yo adquiero el carácter de haber terminado un proceso de formación para incorporarme a la política, es cuando dirige las juventudes comunistas Gladys Marín: ella fue y ella es, la que promueve mi candidatura como candidata a Regidora por la comuna; cuatro

años antes yo fui regidora de las Juventudes Comunistas, la primera Regidora que tenía la Juventud Comunista de Coronel” (Entrevistada Norma Hidalgo, Coronel).

“Bueno, ahí mi abuela empieza a volcarse toda su trayectoria social y política, porque hasta esa fecha mi abuela actuaba como todas las mujeres de la época, ponle tú, cuidando a sus hijos, trabajando, iniciando una nueva vida con su nueva pareja, pero luego de eso viene la otra etapa, viene la etapa de la militancia de mi abuela, o sea, yo creo que a partir de ese año se volcó a lo que fueron las labores del partido, ya tanto en el tiempo de la clandestinidad como también cuando Allende asume y en todo ese proceso que se vive de la Unidad Popular” (Entrevistada Haydée Soto, Lota).

Ya sea movidas por un total desinterés individual, o por el objetivo de alcanzar beneficios específicos que aliviaran sus tareas y el presupuesto familiar, las mujeres supieron resolver necesidades de un pueblo que por esa época escaseaba en ayudas formales y que entendía la vida comunitariamente. Esta misma forma de ver la vida, incómoda en algunos aspectos, propiciaba que las relaciones fueran desarrolladas y vividas dentro de una dinámica más familiar, tanto en la resolución de problemas de la vida cotidiana, como en las celebraciones:

“Como ser en Schwager era como ser una familia, como Lota aquí...” (Entrevistada Elsa Hidalgo, Lota).

Todos estos espacios y logros propiciados por las mujeres, tuvieron repercusiones distintas en la época para los hombres, pues mientras en lo que concierne a las luchas obreras y el apoyo que aquellas entregaron a los mineros, encontramos múltiples discursos de reconocimiento a los roles cumplidos por ellas, asimismo advertimos raíces profundas de machismo y resistencia a cambios en las relaciones de género:

“...yo empecé la primera vez fui secretaria y después salté a presidenta y le gané a todos los hombres, que también eran tan machista como los mineros, los comerciantes, con mayor razón porque estos tenían plata ellos, era peor ellos vivían en los prostíbulos de calle Matta...” (Entrevistada Yolanda Wilson, Lota).

“si uno dirige la mirada hacia atrás, yo comparto esa idea de que era difícil, porque en primera lugar había que enfocar la situación desde el punto de vista que tú eras trabajadora, madre y mujer política y esa es mi situación y ese es mi caso; yo ejercí muy joven como profesora y salí inmediatamente a trabajar; el cargo de Alcalde no era financiado, no tenía financiamiento alguno, era voluntario, de tal manera que yo tenía que ir a mi escuela, dar las clases en la mañana y volver en la tarde y atender la Municipalidad, cuando cambiaba las jornadas entonces lo hacía por las mañanas y cuando

yo fui Regidora pasaba lo mismo” (Entrevistada Norma Hidalgo, Coronel).

Frente a demandas específicas de las mujeres como fue el derecho a voto, las relaciones laborales o cambios en el tipo de relaciones dentro del hogar y el cese de violencias hacia las mujeres, algunas entrevistadas señalaron:

“el espacio para la mujer era estrecho, pero, por otra parte, era tal la relación de los sentires nuestros con el medio en que nos desenvolvíamos, que muchas mujeres, muchas mujeres se estaban involucrando en la política y estaban asumiendo, digamos, un lugar propio, porque viene de las mujeres, no viene de los hombres; son las mujeres las que determinan en el minuto decidir el ingreso a la vida política y hacer un aporte a lo social, a lo cultural de un país...” (Entrevistada Norma Hidalgo, Coronel).

“Yo creo que fue como una semillita que fueron depositando de a poquito y de a poquito y este círculo fue creciendo y así es como país, o sea las mujeres cuando comenzaron con el derecho a voto no creo que hayan sido todas las mujeres, fue un círculo que va rodeándose, rodeándose y acá en Lota también se hizo así; ella hablaba de la abuela Nazaria, que fue una mujer muy chora, hay nietos de la abuela Nazaria... ella tiene mucha historia; yo creo que esos nietos tienen la historia de una mujer luchadora, mayor que mi mamá y que dio mucha motivación acá. Aquí nace en el grupo de mi mamá, te decía yo, la Aurora Sáez de población Bannen, la Fidelina Soto del sector Polvorín, que si tú vas marcando en esas fechas es como un círculo y no son muchas personas, pero tras ellas se va rodeando una cantidad de gente” (Entrevistada Claudia Vásquez Jara, Lota).

“ella, dentro de todos los rasgos que tú podrías plantear, yo diría que tenía ella mucho de feminista frente a algunos temas ya, porque, ponle tú, desde el solo hecho de hablar de mi abuela del punto de vista de activista en distintos planos, eso te deja ver que para la época eso era bastante atípico ya, y por lo tanto hablaba un poco de lo que significaba para las mujeres activar en esa época que no era fácil tampoco, pero ella siempre decía que cada vez que se reclutaba una mujer más para el movimiento social para el partido pa’l o que una mujer nueva apareciera como líder; mi abuela siempre fue una escuela para ella o sea siempre estuvo al lado de ella, o sea siempre, hizo esa pega de acercarse mucho de entregarle elementos de la discusión política” (Entrevistada Haydée Soto, Lota).

La referencia a estas relaciones de solidaridad entre las mujeres, sobre todo en la vida diaria, nos permite consolidar una resignificación del espacio privado frente al espacio público, derogando la diferencia jerárquica entre uno y otro propia del discurso patriarcal. En ese sentido, el espacio privado es revalorizado por estas mujeres como un lugar tan significativo y decisivo en la vida de la comunidad como el público, tanto en materia de toma de decisiones como de conservación de la memoria personal y colectiva:

“Pero esas mujeres, Marta, tenían una fuerza interior y moral que se las da la propia condición de vida que llevan, ellas en esa época; una infinidad de barrios de Coronel no tiene agua potable, las mujeres recogen en pilones el agua y lavan en bateas comunes, ese es el drama que ellas viven, eso le da a esa mujer proletaria, le da una fuerza interna inmensa, porque ella lo que tiene que hacer es defender la familia, su familia y lo hace con esos medios” (Entrevistada Norma Hidalgo, Coronel).

“Sí, pabellones, a pesar de que ahí se veía una gran necesidad en el sector, había unidad de la gente, con todas las falencias que hubieran pero había una unidad increíble, si pasaba algún accidente o desgracia dentro del sector, dentro de la Población, se movilizaban todos, las mujeres sobre todo, por lo general cuando habían accidentes grandes en la mina, la gente se organizaba e iba a hacer su amasijo de pan, de lo poco que había repartía y se le daba a la gente, cooperando para que todo se viera mejor” (Entrevistada Angélica Araneda Soto, Lota).

“De los ’60, lo que pasa es que aquí uno tiene que contar la historia como nuestros padres lo manifestaron y que en ningún libro está escrito. En los años pasados, tú no separabas lo social de lo político, estaban tan enlazados, que no tenía por qué tu marido ser minero para manifestar y apoyar a los mineros en una huelga y en una huelga tan larga, en su calidad de militante del Partido Comunista, era obvio que ellos tenían que estar en cada lucha social que se pudiera emerger para las transformaciones y ella contaba “mi esposo no es minero” ella decía, pero nosotros ahí estábamos, los partidos ahí estaban, los comunistas tenían que aportar con su grano de arena” (Entrevistada Claudia Vásquez Jara, Lota).

En relación a ese contexto, encontramos en las entrevistas momentos históricos claves, que ejemplifican la resistencia de los trabajadores mineros, las mujeres y sus familias, frente a las condiciones de vida expuestas, que repercutían no sólo en su calidad de sujetos/as individuales, sino también en el contexto familiar y en el surgimiento de las militancias en estos espacios, expresada en la construcción de

una clara consciencia de clase y de la constatación de la relevancia económica y social de la industria carbonífera:

“Demasiado potente, la zona del carbón de hecho era la zona que movía el país; por muchos años movió la economía del país y mal que mal eran más de 15 mil trabajadores entre las mineras, porque estaba Schwager, Lota, Curanilahue, Pilpilco y aquí se vivía en torno al carbón; las tiendas vivían por el carbón, no habían supermercados, ni multitiendas nada, las tiendas del barrio y las tiendas del centro de Coronel, las tiendas del centro de Concepción donde la gente iba una vez al mes a comprar zapatos, uno a uno, un mes a otro, un mes a otro, porque existía la asignación familiar que no era mala, eso hacía como un sueldo más para la casa” (Entrevistada Rosa Pinto, Coronel).

¡“Todo giraba en torno a lo que era la producción del carbón, vivían de esto; Curanilahue siempre ha vivido del carbón” (Entrevistado Leonidas Peña Henríquez, Curanilahue).

4.6 Hitos de la historia del Carbón del siglo XX en los relatos orales

Dentro del contexto general de movilizaciones y explotación que marca el curso de los procesos sociales y políticos de la zona del Carbón, hay sucesos específicos que nos gustaría relevar por la importancia histórica que alcanzan como parte de un entramado de violaciones sistemáticas contra los derechos de las personas, así como por constituir, además, un sitio de fuga que podría ser ahondado más adelante en otras indagaciones históricas y patrimoniales, como es el caso de una masacre descrita por un entrevistado de Curanilahue o una marcha realizada como parte de la huelga de 1947:

“Ella siempre me conversaba que la mina cercana al 2, donde ella se crió, se vino a vivir a la población Javiera Carrera había una mina el Rabal, que nombraba ... ahí le contaba el papá de ella, que hubieron grandes masacres donde encerraban a los mineros, donde en las maestras a los que eran medios conflictivos le aplicaban un gas grisú y los liquidaban, eso era lo que contaba el papá de ella que trabajaba en esa mina y esa historia no ha podido ser recopilada con antecedentes, porque a lo mejor en ese entonces no había documentación, pero ella me conversaba y mi mamá también me conversaba, que ella conoció esa mina el Rabal y efectivamente sus papás le comentaban eso, que habían habido bastantes masacres con muertes aplicándoles el gas grisú, dejaban que las maestras se llenaran de gas y ahí después los metían a los

viejos adentro (y lo pasaban como accidente) como accidente y después ya fueron pasando todo estas minas y ahora ya no está...” (Entrevistado Leonidas Peña Henríquez, Curanilahue).

“Sí, sí, sin ser militante mi abuela, de alguna manera apoya lo que en ese minuto se estaba viendo como movimiento obrero, y efectivamente lo que ella nos contaba, bueno nos contaba mi mamá también y mis tías, es que mi abuela participó en esa marcha que se hizo en el año cuarenta y siete, cuarenta y ocho, que fue una marcha que decía de reivindicaciones que tenía relaciones, ponte tú con las ocho horas de trabajo o con otras cosas que en ese tiempo era la ENACAR” (Entrevistada Haydée Soto, Lota).

Junto con estos hechos puntuales, uno de los hitos históricos que se reitera en los testimonios es la persecución sufrida por los militantes del Partido Comunista durante la Ley Maldita impuesta en 1948, que afectó de modo especial a la zona del Carbón, donde históricamente ha existido un gran número de militantes y simpatizantes de ese partido. En efecto, en ese año el presidente Gabriel González Videla -quien es electo gracias al apoyo de un conglomerado de partidos, entre los que se encontraba el Partido Comunista-, impone la “Ley de defensa permanente de la democracia”, llamada en aquellos años la Ley Maldita, que nace en el contexto de la Guerra Fría y de persecución del comunismo. Mediante esta ley se declara la ilegalidad del partido Comunista en Chile y se establecen restricciones a las libertades individuales, sindicales y de prensa. A propósito de esta medida, varias entrevistadas, en especial las que pertenecían al Partido Comunista, señalan tener recuerdos de aquella época, como fue la persecución de cercanos:

“En el 47 cuando estaba González Videla, era el que perseguía a la gente, los sacaba, debajo del catre se escondía la gente y los llevaba a la mina como estuvieran, trajeron gente de afuera para trabajar en las minas (Gonzalo: Las pescás, las merluzas les decían a esos, los afuerinos) los rompeshuelgas, llegaban camionadas de gente, las sufrió harto esa gente también, porque no tenían alojamiento, los hacían dormir en la escuela dormían para’o...” (Entrevistada Elsa Hidalgo, Lota).

Quienes pertenecían al partido Comunista, como es el caso de dos entrevistadas en 2014, se reunían en secreto, acogían a otros compañeros, escondiéndolos en sus hogares para escapar de las fuerzas de represión estatal

“Sí...andábamos escondidos por ahí, por el monte, íbamos hacer reunión, venían compañeros de afuera, no podíamos hacerlo en el hogar porque teníamos...los pacos andaban al día. Así que pudiera ser en un túnel que había arriba por el monte por allí con compañeros que venían de afuera...” (Entrevistada Lucila Aguilar, Curanilahue).

Entre esos acontecimientos que han dejado una huella profunda en la conciencia histórica y política de las comunidades de la zona del Carbón, sin duda, la Huelga Larga de 1960 ocupa un sitio determinante, tal como lo manifiesta el relato de una de las entrevistadas, que nos parece importante incluir completo por el claro e intenso registro de los alcances prácticos y emocionales de esa movilización, sobre todo porque implicó decidir trasladar a las niñas y los niños a ciudades como Santiago y Valparaíso, para protegerlos del hambre y otras precariedades que conllevó la prolongación del movimiento:

“...el proceso que se comienza con esa huelga es un proceso extraordinario, yo creo que de ahí para adelante cambia un poco la historia del carbón, porque se dan situaciones que nunca se pensó vivir, como por ejemplo que acordonan todos los límites que tiene el ingreso del transporte a Coronel y Lota y la población que hacen alimento, esa orden la dio el gobierno de Alessandri, entonces se niega la llegada de los alimentos a Coronel; esa huelga causa un impacto nacional, empiezan a llegar de todos los lugares de Chile, comienza a llegar ayuda de distintas formas; después yo recuerdo también que hay países que se destacan porque empiezan a entregar ayudas para sostener la huelga, están las ollas comunes, nosotros participábamos de todo eso, de la olla común, de la recopilación de los dineros para mantener las ollas comunes, para poder sostener la huelga porque la huelga a medida que pasaban los días fue agudizándose, de manera que en un minuto ya dado se toma un acuerdo con la Asamblea de enviar a los niños fuera de Coronel y los niños son evacuados de la comuna y son recogidos por familias en Santiago, Valparaíso y en el Norte y eso causó una crisis profunda en la familia minera, porque es muy difícil explicar con qué sentimiento un gobierno puede permitir una situación de ese tipo, separar a la madre de los hijos, porque reclaman el derecho al trabajo, porque reclaman un sueldo, un sueldo con el que viven, con eso comen y apenas le alcanzaba para comer a los mineros de esa época, entonces es doloroso. Pero este movimiento trae después como consecuencia que se produce aquí un proceso de cohesión del movimiento obrero de los mineros, ellos se cohesionan, se unen con Lota, Curanilahue y forman grandes ligas de sindicatos poderosos que más adelante eran la pauta de Chile por sus luchas heroicas y el desarrollo de sus organizaciones. Fue trágico porque a los niños se los llevaron en un tren, los evacuaron, se los llevaron en un tren; el tren partió de la Estación Escuadrón, Escuadrón de Ferrocarriles y los vagones iban llenos de niños; eran decenas de familias que dejaban a sus hijos para que pudieran comer en otro hogar y permitían que los recogieran otras familias” (Entrevistada Norma Hidalgo, Coronel).

Así como las familias vivieron la tristeza de enviar a sus hijos lejos de sus hogares como medida para velar por su bienestar y protección, la Huelga Larga también constituye una instancia de reforzamiento del movimiento minero y sindical, quedando en el recuerdo de quienes lo vivieron como una muestra de solidaridad y colaboración pocas veces vistas en otras instancias de este tipo, como lo ejemplifica la descripción de la Marcha efectuada desde Lota hasta Concepción, en la que participan figuras claves del movimiento sindical y político nacional:

“(...) viene el período de la marcha, ya llevaban cerca de 90 días de huelga, los mineros acuerdan hacer una marcha hacia Concepción y parten de Lota y fue tan bonita la marcha que primera vez que se veía en la historia acá, caminar, caminar y marchar hacia Concepción, el dirigente don Clotario Blest, de la CUT, el viejito, don Galvarino Melo que era Diputado por la zona, don Jorge Montes Moraga y don Luis Corvalán y Alberto Jerez iban a la cabeza del movimiento con los mineros y dirigentes de Lota con banderas y yo estaba ahí en el camino donde una tía tenía un negocio y era tan bonito y la gente iba con alegría, no iba como esas marchas de ahora de protesta nada de eso y con canto, con peticiones, se iba incorporando la gente que no pensó en su momento que iba a participar en esta marcha” (Entrevistada Rosa Pinto, Coronel).

Igual de emocionante fue encontrarnos con testimonios de algunas de las niñas que fueron enviadas por sus familias en ese viaje al norte, donde es posible advertir que permanece la óptica infantil para relatar los hechos vividos:

“Yo tenía 6 años y me acuerdo de todo porque yo tengo 1 año menos que ella. Llegamos a Conce y nos sentaron a todos en el tren a cada uno y con una carapela, como una palomita y con un distintivo. Y ustedes se sientan aquí, y fueron compañeras de otros Partidos que nos llevan, iban a cargo de nosotros, ustedes quedan aquí sin moverse, el tren no va a parar, va a parar en ciertas partes y van a llegar a Santiago. Llegamos me acuerdo, como a las 10 de la mañana, estaba todo el Partido Comunista Socialista esperándonos para llevarnos en buses, nos llevaron a la Confederación Nacional Minera de Santiago, en Teatinos 416 funcionan ahora, ahí nos llevaron, la Federación y ahí empezaron a llegar compañeros de plata, no plata, ya, yo me llevo 2, yo me llevo 1, yo me llevo 3 y yo me fui con la Isidora, y mi hermana venía conmigo, nos llevó el compañero Pozo, Luis Pozo era dirigente nacional de la Federación Minera y ahí me llevó otro compañero que caí mejor que todas” (Entrevistada Magdalena Araneda Soto, Lota).

Otro evento histórico que se deja entrever en varias entrevistas, en mayor o menor medida y de distintas maneras, es el golpe cívico-militar de 1973. Vemos así que la dictadura aparece nombrada y se cruza con eventos personales:

“...y ya miércale, buscando el hacha pa matarme y toda la cuestión...y me acuerdo andaba con zapatillas, andaba con delantal, con chaleco y una falda, salí arrancando, arranqué, arranqué, arranqué, arranqué...hasta que llegué a la esquina, aquí a la línea, abajo ahí, ahí había un paradero antiguamente, ahí llegué corriendo, como a la una de la mañana, y con el miedo de que me pillaran los milicos me llevaran presa (Claro, había toque de queda en esos momentos) y poco tiempo antes, porque yo vivía a la orilla de un río abajo porque hay un canal ahí, habían tomado detenido a una niña que andaba en un bautizo y la habían violado y la habían echa’o al río ahí, que miedo más grande, dios mío; yo me escondía en el paradero, veía como pasaban las camionetas con los milicos pa’ allá y pa’ acá...” (Entrevistada María Sanhueza Riffo, Coronel).

Este testimonio resulta particularmente en lo simbólico, en tanto revela la violencia no sólo estatal y el contexto de represión estructural que se estaba viviendo en ese momento, sino también cómo esa violencia se encuentra íntimamente ligada a otros tipos de violencias, como la violencia sexual ejercida en dictadura hacia las mujeres y aquellas que se dan en el contexto de pareja, familiar o doméstico, lo que nos recuerda la demanda de los movimientos de mujeres y feministas de los años ochenta –y de la actualidad-, que exigía “democracia en el país y en la casa”.

Las personas entrevistadas dan cuenta de una división antes/después del golpe militar, puesto que no sólo significó la desaparición, muerte y tortura de muchos/as compatriotas, sino también un cambio que hasta el día de hoy es tangible, en especial, en lo que respecta a la idea de pérdida del sentir comunitario. La crudeza de la represión ejercida por la dictadura y la resistencia de los obreros del carbón y de la comunidad, tanto de hombres y mujeres de la época, es señalada en episodios y en espacios de tortura específicos, como cuando se hace referencia a un Retén de Villa Mora, en Coronel:

“Porque tenían el cuartel aquí dentro de la termo, ahí tenían el cuartel...los milicos en el toque de queda, sí, ahí cuánta gente no (torturaron ahí) torturaron y mataron gente ahí y quemaron, las echaban a las calderas, tanta gente perdida que no saben dónde está porque...la echaron a las calderas y pa’l mar puh, entonces por eso hay mucha gente perdía...” (Entrevistada María Sanhueza Riffo, Coronel).

Yo creo que el rol más importante, si yo tuviera que definirlo que es lo que yo recuerdo porque es parte mía, el resto tal vez es lo que me contaron, yo creo que fue en la Dictadura; primero el golpe en el ’73, donde fallecen de forma trágica, porque fueron asesinados muchos tíos, muchas de sus amigas quedan con sus hijos solas; el mayor relevante es la señora del Chirolo Carrillo, compadres de mi mamá y mi papá, en donde se tiene que ir con sus doce hijos al exilio, o

sea, queda con doce hijos, el menor tenía menos de 1 año y ella lloraba, o cuando matan a mi padrino, que era el Alcalde de Lota y es su compadre, en ese momento Vladimir Araneda su amigo entrañable profesor; yo creo que allí, hoy día por pequeñas cosas tú caes con depresión, la depresión post parto, la depresión porque el marido la dejó, pero en ese momento vivir que te maten tus amigos, que tus amigas quedan solas, mi mamá ya había quedado viuda un año antes y sabía lo que era eso un sufrimiento enorme. (Entrevistada Claudia Vásquez Jara, Lota).

En medio de ese ambiente de extrema represión, los relatos dan cuenta de la valentía de muchas de estas mujeres cuyas historias intentamos reseñar, arriesgando literalmente sus vidas movidas por su conciencia de clase y su solidaridad con quienes estaban en peor situación que ellas:

“Un enlace, tú entregabai a los compañeros a otro grupo de compañeros para que lo pudieran llevar a otros lugares, para poder esconderlos y protegerlos ya, que fue el caso de Vladimir Araneda, de Bernabé Cabrera, de Isidoro Carrillo, de los cuatro compañeros fusilados en Lota, te fijai, de Danilo González, ellos estuvieron en la casa de mi abuelo, de mi abuela, de mis abuelos digamos, porque estaban los dos vivos todavía y me recuerdo del día que mi abuela tuvo que sacar justamente para ir a ese enlace ya, para llevar a los compañeros para que lo protegieran, porque tú sabes que ahí en ese minuto todos eran enemigos, no sabíamos con quién se podía contar o con quien no, digamos, y me recuerdo siempre que mi abuela salió de su casa llevándose a las tres de la mañana los llevó: bueno ella sacó a los cuatro, pero ella recordaba, principalmente recordaba la salida que hizo con Bernabé Cabrera y con Isidoro Carrillo, ella lo tuvo que llevar a Playa Blanca ¿ya? Mi abuela tenía displasia a la cadera, por lo tanto a ella le costaba mucho caminar, además, entonces y mi abuela a todo esto saca a los dos compañeros, los lleva a Playa Blanca, porque ahí los dividen en dos grupos en un túnel, lo va a dejar ahí y después mi abuela cuando llega se da cuenta que había ido sin zapatos a las tres de la mañana, entonces hasta ese nivel era el compromiso y además eso refleja del nerviosismo y de lo que se vivía en esa época, digamos, tiempo, pa’ dictadura” (Haydée Soto, Lota).

Muchos de los nombres de estas mujeres que participaron y han participado en la construcción cultural e histórica de sus comunidades, se han perdido en el anonimato. Sin embargo, al indagar un poco más en la memoria oral, desde el cariño y el reconocimiento asoman sus rostros, con sus nombres, apellidos e incluso los apodos con los que algunas de ellas eran conocidas, imprimiendo matices de diversidad y cotidianeidad en el discurso de la historia oficial de estas localidades,

como ejemplo de que pueden existir otros modos para hacer el registro patrimonial e histórico de una comunidad.

Cabe señalar que, en la dinámica de relaciones humanas y de género de la que dan cuenta las entrevistas, contribuyó en gran parte el hecho que la Compañía Carbonífera instaló una manera de vida en la que los mineros, las mujeres, las niñas y los niños, funcionaban como un colectivo anónimo, una masa que servía a los propósitos de la compañía, donde no hubo mucho espacio para manifestar la individualidad u otra colectividad que pudiera distinguirse de esa monopolización. No obstante, en las entrevistas recogidas, en especial, durante 2013, fue posible rescatar los nombres de muchas de esas mujeres que dejaron su huella personal en la trayectoria social y política de sus comunidades:

“La Rosa pescá que también fue del Partido, así le decían, le decían por apodo, la señora Rosa pescá, la otra es la mamá de la Ramona, que eran cuatro, eran tan poquitas pero organizaban a todas las mujeres del Chiflón y para conseguir el agua y luchar que a cada ciertas casas del Pabellón le pusieran llaves, una llave con una piedra un bloque y ahí la gente ponía los baldes y hacían cola porque de repente se agarraban con los baldes con cualquier cosa para pegarse, entonces para que no hubiera eso le pusieron cinco llaves en el Pabellón, tanto en frente como allá y cada una tenía llave, entonces se empezaron a organizar ya de a pocas, hagan una colita y así no se van a en rabiarse... Se ganaron el asunto del agua, el carbón porque daban una carretada, se organizaron las mujeres y empezaron a pelear en la Empresa para ganarse dos carretadas de carbón y después consiguieron tres carretadas de carbón porque era una extra según por hijo y lo ganaron...” (Entrevistada Magdalena Aranceda Soto, Lota).

“Mira, yo lo que puedo decir respecto de Micaela Troncoso es que se le conoce en la zona porque ella junto con conducir el movimiento huelguístico aquí, estamos hablando de la huelga del '22 ella viene de esa época cuando se lucha por las 8 horas...” (Entrevistada Norma Hidalgo, Coronel).

“...de lo que me recuerdo en esa época de la señora Nieves Jara, la Fidelina Soto, que eran mujeres que eran súper destacadas, bueno, muchas compañeras, pero yo de las que más me recuerdo, ponle tú, eran esas mujeres las que siempre participaban... Había otra compañera, la Laurita, que era una mujer destacada y que...tenía esa característica que tienen las mujeres comunistas, que es ponerse a disposición de la gente, que es poder armar grupos, de poner la otra cara frente a algunas situaciones específicas, de ponerse a disposición de los tiempos, yo creo que en ese desafío estas mujeres fueron muy destacadas...” (Entrevistada Haydée Soto, Lota).

Junto con el recuerdo de las acciones y nombres de estas mujeres, advertimos en nuestros/as entrevistados/as la inquietud por la preservación de la memoria comunitaria de esta zona, cuya historia parece querer disolverse ante el ritmo acelerado de los cambios que han sobrevenido, sobre todo después del cierre de la mina de Lota, modificando las relaciones de solidaridad y convivencia que hemos consignado en los testimonios recogidos y fijando las experiencias de vida, así como los aportes de esas mujeres y de esos hombres, en la inmovilidad de un pasado patrimonial con el que no se sentirían vinculadas las actuales generaciones:

“...así es que yo creo que la gente joven minero, gente de veinte años poco se recuerda de la trayectoria; usted siempre para que le entreguen toda esta experiencia tiene que conversar con gente de setenta, ochenta años para arriba para que les entreguen la experiencia los demás... hubieron, claro, hubieron gente que tiene cincuenta pero trabajaron poquita experiencia, no tiene esa lucha que hicimos lo mineros antiguos junto con los dirigentes sindicales... eso es lo que más la trayectoria de aquí de Lota” (Entrevistado Guillermo Arce, Lota).

4.7 La importancia de preservar y de transmitir la memoria

A pesar de esta preocupación presente en las voces de nuestros/as entrevistados/as ante el peligro latente de la pérdida de la memoria histórica y social de la zona del Carbón, observamos esta conciencia del valor de los acontecimientos vividos y de la necesidad de dejar un registro para quienes vinieran después, como se evidencia en este testimonio sobre la historia de vida de Auristela Henríquez Catril, dirigente política y sindical de Curanilahue:

“Ella escribió hartas cosas en clandestinidad, por ejemplo, escribió para el diario El Siglo, la venían a entrevistar. Y ella tenía en sus documentos personales hartas cosas que anotaba, que escribía y sobre eso yo cuento esto porque están esos documentos. El Siglo la vino a entrevistar en el año 80, cuando era bastante difícil y complicado, en clandestinidad. Ella dio una entrevista bastante extensa y allí también salen bastantes cosas, donde ella logra decir lo que hizo en su vida sindical y laboral” (Entrevistado Luis Peña Henríquez, Curanilahue).

Esta conciencia de la importancia de preservar la memoria histórica comunitaria, lleva a quienes participaron en estas entrevistas a otorgar una especial valoración a los proyectos que ejecutamos en 2013 y 2014, lo que a su vez nos hace tomar conciencia de nuestro rol como investigadoras, que abordan desde las perspectivas feministas y de género, la historia de las comunidades:

“... no hay historia más rica que la que se vive con su familia, es que esta historia no está escrita, no está escrita y trato de contarla a mis

hijos, a mis sobrinos, y bueno decirte, fijate, que el reconocimiento mejor que mi mamá tuvo cuando ella fallece el año 2000, bueno tú dices falleció mi mamá y es una pena mía, pero murió un 8 de marzo, murió un 8 de marzo, una fecha súper importante que ella la celebró muchas veces, la conmemoró muchas veces en clandestinidad, en dictadura, en democracia y cuando ella fallece pero fue increíble el velorio de ella, vino muchísima gente, vino gente de diferentes sectores, porque eso es otra cosa, ella no era sectaria” (Entrevistada Claudia Vásquez Jara, Lota).

“Claro, resumida, porque la vida, la vida es dura y larga en este caso por tener ochenta y... ochenta y cinco años hay hartos recuerdos; buenos, buenos y dolorosos así pu’ y me siento orgullosa que me haga una entrevista porque uno descansa con contar lo que ha vivido y me siento orgullosa también y de haber vivido tantos años porque los he sabido aprovechar de Chile, puedo, puedo decir que conozco todo Chile” (Entrevistada Elsa Hidalgo, Lota).

Tal como expresa una de las entrevistadas, se trata de recoger esa “historia no escrita”, en este caso, la historia de las mujeres de la zona del Carbón, hecha de “marchas, manche y chinchorros”, una donde se entrecruza la vida privada y la colectiva, sin límites definidos ni fijos. Se trata de escuchar esas voces que nos hablan de aquellos hechos cotidianos, mínimos, pero determinantes en el desarrollo de las vidas individuales y comunitarias, que no han merecido un espacio en el retrato de la historia oficial ni en las salas de los museos, pero que, sin embargo, están ahí, conservando su vigencia en la memoria oral de sus localidades:

“Quisiera decir una última cosita para que quede grabado, yo se lo dedico a mis hijos, a mis tres hijos, Jorge, Roxana y Pedro, a mis nietos y a mis bisnietos, que ellos sepan que su abuela fue parte activa de los movimientos aquí, que se acuerda de las cosas, para que si alguna vez van al Museo la memoria lo vean y digan “esa es mi abuela” (Entrevistada Rosa Pinto, Coronel).

“Yo creo que el estudio que están haciendo con respecto a algunas mujeres, es súper valioso, porque, a lo mejor, más que el resto sepa quien fuera la Nazaria Mendoza, yo creo que nos sirve a nosotros los más cercanos, pa’ darnos cuenta que al final nuestra escuela, la escuela fue justamente esa mujer humilde, te fijai, con su delantalcito, con su cajita debajo del brazo, yendo a colocar inyecciones, fue la que nos motivó a ser lo que somos hoy día en términos personales, políticos” (Entrevistada Haydée Soto, Lota).



A modo de reflexión final

Al reflexionar acerca del concepto de identidad, Rosi Braidotti (2000) propone que esta debe entenderse como “un juego de aspectos múltiples, fracturados, del sí mismo; es “relacional”, por cuanto requiere un vínculo con el “otro”; es retrospectiva, por cuanto se fija en virtud de la memoria y los recuerdos, en un proceso genealógico. Por último, la identidad está hecha de sucesivas identificaciones, es decir, de imágenes inconscientes internalizadas que escapan al control racional” (2000: 195). A su vez, para esta autora la identidad mantendría un fuerte vínculo con la memoria y los recuerdos, procesos inconscientes que escapan al control del pensamiento racional al arraigarse en los afectos y en el sentido de pertenencia a un espacio físico y simbólico.

Los testimonios recogidos durante los proyectos realizados el 2013 y el 2014 ponen de manifiesto que la construcción de la memoria y de las identidades se constituye como un proceso que requiere de su continua actualización para que goce de vitalidad. Verbalizarlas significa ya revivirlas, pero no como una mera repetición de acontecimientos vividos, sino como una reformulación y reevaluación de ellos a la luz de la experiencia, como también de su relación con el contexto presente.

Precisamente para poner en relación el momento presente con la memoria del pasado, consideramos que el testimonio y la historia oral, por operar como técnicas de investigación a la vez que como fuentes de información, nos ofrecían las herramientas necesarias para poder recuperar las voces excluidas de las mujeres de la zona del Carbón, sus experiencias y perspectivas. En ese sentido, la serie de entrevistas sobre mujeres destacadas del quehacer social, político, cultural y productivo de esas comunidades, se instala como una invitación a continuar en este ejercicio de mantener la memoria viva a través del poder de la palabra oral, transmitida como un legado y una responsabilidad.

En los relatos recogidos, fue posible constatar que las comunas de la zona del Carbón estudiadas, Lota, Coronel y Curanilahue, entre las décadas del cuarenta al setenta del siglo XX aproximadamente, debido al auge de la explotación carbonífera vivido en esa época, fueron efectivamente zonas de atracción para muchos hombres y mujeres que buscaban mejores condiciones de vida. Las entrevistadas y entrevistados confirmaron que sus antepasados, ya sean padres o madres, se trasladaron a la zona porque vieron allí la posibilidad de un empleo en la minería. Conseguir un empleo en la mina significaba no tan solo recibir un sueldo, sino también tener acceso a una serie de otros beneficios que la compañía tenía para los mineros y sus familias, como vivienda, asignaciones familiares, carbón, educación y salud, bienes preciados en el contexto histórico y social del periodo.

No obstante, a pesar de contar con esta política paternalista de parte de la compañía carbonífera, las entrevistadas y entrevistados recuerdan que fue una época de mucha miseria y muchas faltas graves a sus derechos como trabajadores

y seres humanos, reiterándose en los relatos orales las referencias a las precarias condiciones de trabajo y habitacionales, lo que motivó constantes demandas y movilizaciones, que involucraron tanto a los mineros como a sus “familias”, es decir, las mujeres, y a la comunidad en general.

Asimismo, las condiciones que la compañía carbonífera impuso a las comunas de la zona del Carbón, proporcionándoles a sus trabajadores y familias una infraestructura y equipamiento para que resolvieran sus vidas, fomentó también una forma de vida signada por la precariedad y la colectividad, lo que significó que se constituyeran espacios donde lo privado se hacía público y colectivo, y lo íntimo era casi inexistente. En los diversos testimonios recogidos se aprecia que la dicotomía público/privado en la zona del Carbón, al menos durante el periodo revisado en nuestras investigaciones, no se dio de la forma tradicional, aunque se mantienen las divisiones de usos, prestigios y exclusividades según sean el uso y acceso por género, como también por clase. Así, observamos que lo público fue una extensión de lo privado-doméstico, este último un espacio donde mayoritariamente se desenvolvían las mujeres, recibiendo en la historiografía oficial una valoración menor en relación a los espacios de uso exclusivamente masculino como la mina, al igual que el mundo político del sindicato, el que mayoritaria y formalmente era para los mineros.

Todas las labores que las mujeres de la zona del Carbón pudieron realizar, han quedado relegadas de reconocimientos y valoraciones en la historia oficial, pero no han sido completamente obliteradas, pues permanecen presentes en las memorias y en los relatos orales de sus comunidades. Muchos de los testimonios reunidos en estas investigaciones sobre el aporte de las mujeres a la configuración de las identidades en la zona del Carbón, pueden dar cuenta de labores más bien ligadas a los trabajos de madre-esposas, que se repiten en el espacio político de las huelgas y otras acciones de ese tipo. No obstante, esas labores que las posicionan como figuras abnegadas y sacrificadas, también deberían llevarlas a ser valoradas como mujeres luchadoras que supieron gestionar grandes hazañas durante las huelgas y que, solidaria y anónimamente, se entregaron a la causa común sin buscar reconocimientos, sino aportar en el alcance de soluciones para las necesidades de sus comunidades. Este ejercicio de revaloración necesariamente requiere reinterpretar el concepto de poder, tal como sugiere Margarita Ortega (1986), del cual las mujeres, como colectivo inarticulado en términos formales, ha estado históricamente marginado, “para abarcar horizontes nuevos sobre los poderes que pueden ejercer las mujeres sobre el control de su propio cuerpo, sobre la familia, sobre las relaciones de barrio o en la proyección colectiva de la comunidad” (p.822).

Desde ese punto de vista, podemos comprender cómo esa forma de vida colectiva, si bien impuesta, que caracteriza a la zona del Carbón, trajo beneficios indirectos al momento de enfrentar los problemas y necesidades, al poder unir con mayor facilidad la fuerza y solidaridad que se necesitaba, pues todos y todas debían

colaborar para resolver o saber enfrentar las dificultades del mundo exclusivo y de valor que representaba la mina para la zona. Al no haber otras producciones que compitieran con la minería, se monopolizó el mundo de la mina y su forma de vida precaria, colectiva, pública, de luchas y solidaridades por objetivos que beneficiaban a todos y a todas.

Viendo las cosas en perspectiva, muchas de las dificultades de las mujeres relacionadas a la precariedad de las viviendas y servicios básicos hoy en día han sido subsanadas. Sin embargo, nos encontramos con dificultades similares a la hora de plantear cambios en las relaciones de género y las disputas de los significados tanto a nivel simbólico como material, dado que las mujeres hoy en día seguimos teniendo dificultades en algunos espacios, con brechas que producen y reproducen desigualdad. Los relatos, en especial aquellos que provienen desde la oralidad, nos permiten no sólo entender partes de la historia que han sido invisibilizadas, sino también constatar los cambios históricos y los resabios de un sistema patriarcal que, si bien ha modificado sus formas de dominación, sigue generando violencias específicas hacia mujeres y hombres.

Precisamente, un aporte que destacamos de las entrevistas es la manera en que todos los/as informantes claves dimensionan los cambios culturales, sociales y políticos acontecidos en Chile en el periodo estudiado, de los que es imposible sustraerse para hablar de roles y aportes de las mujeres: es ese el terreno desde el cual éstas han ido disputando espacios, resistiendo, resignificando roles y adaptándose a los nuevos contextos de subsistencia, como el cierre de las minas, que significó un cambio tanto a nivel individual como colectivo.

En esas dinámicas de relaciones sociales y culturales, no hubo una voz propia, ni espacios propios o exclusivos para las mujeres. Posiblemente en ese contexto fue mucho más difícil lidiar con esa extrema dicotomía de sobrevaloración de lo exclusivo del mundo masculino, necesaria en esa época para obtener condiciones de vida que ya eran reducidas. Al no haber intimidad todo quedó expuesto y se fue haciendo en la vorágine del día a día, sin percibir e intervenir en las dificultades que cómo mujeres enfrentaron en el sistema de género que articulaba tanto la vida pública como la más íntima, pues todo giraba en torno a las necesidades que parecían de todos y para todas. Llama la atención este aspecto de la vida de las mujeres en las zonas de estudio, pues no se manifestaron ellas con demandas específicas, sino que sus demandas se funden con las de los mineros como propias.

Otro ejemplo de esta inexistencia de una conciencia como un grupo con intereses particulares de su género, es la ausencia de menciones en las entrevistas a algún tipo de organización o formas para enfrentar el machismo de la zona que constantemente se manifestó en la mayoría de los relatos de las entrevistadas. Quedó sumido el mundo más propio y de empoderamiento de las mujeres, a la monopolización del mundo masculino y minero. De todos modos, queda claro que muchas de las demandas por mejorar las condiciones laborales de los mineros

fueran gestionadas por iniciativas de las mismas mujeres, pues muchos de esos logros que estos fueron consiguiendo beneficiaban indirectamente a las mujeres, al reducir sus cargas laborales en los espacios domésticos.

Esta forma de vida que identifica a las mujeres de la zona del Carbón no le resta ningún valor, sino que, por el contrario, viene a cuestionar la valoración que tradicionalmente se le da a la zona carbonífera, la que es recordada por los grandes aportes que la minería del carbón trajo para Chile, mediante la gestión de las acaudaladas familias y por los mineros que, a pesar de todo, dieron el impulso para que esos logros se consiguieran. Pero esto ocurre en la tradición de la historia oficial, pero no así en la historia oral y las memorias de las mujeres y hombres que constituyen una historia viva, como es el caso de todas estas mujeres que accedieron a compartir sus historias de vida en el marco de estas investigaciones.

El conocer de estas vidas aporta a la manera que tradicionalmente aprendemos sobre nuestra historia, al rescate de la memoria, al ejercicio de la oralidad y al cuestionamiento de los roles de género. Esperamos que las investigaciones realizadas durante 2013 y 2014 sean un aporte en el futuro para quienes puedan visitar Sala El Carbón del Museo de Historia Natural de Concepción, al generar una reflexión crítica sobre los contenidos y narrativas de la muestra museográfica allí exhibida, incentivando el surgimiento de preguntas sobre la construcción de nuestras identidades individuales y comunitarias, sobre qué entendemos por patrimonio y quiénes participan en su configuración, así como sobre los procesos de exclusión que han privado del justo reconocimiento a quienes han sido marginados y marginadas sistemáticamente de su condición de sujetos de cultura.



Referencias Bibliográficas

- ALMERÁS, DIANE. (2001). Lecturas en torno al concepto de imaginario: apuntes teóricos sobre el aporte de la memoria a la construcción social. En *Cyber Humanitatis*, 19, invierno. Disponible en: <http://web.uchile.cl/publicaciones/cyber/19/almeras.html>.
- ANDERSON, Bonnie S y Zinsser, Judith P. (2009). *Historia de las mujeres: una historia propia*. México: Editorial Crítica.
- BARBIERI, Teresita de. (1992). Sobre la categoría género. Una introducción teórico metodológica. En *Varias Autoras, Fin de siglo: género y cambio civilizatorio*. Santiago de Chile: Isis Internacional, Ediciones de las Mujeres N° 17, pp. 111-128.
- BOURDIEU Pierre. (2000). *La dominación masculina*, (Traducción de Joaquín Jordá) Barcelona: Editorial Anagrama.
- BRAIDOTTI, ROSI. (2000). *Sujetos nómades: Corporización y diferencia sexual en la teoría feminista contemporánea*. Buenos Aires, Barcelona, México: Paidós.
- BRITO, ALEJANDRA. (2014). *Autonomía y subordinación: mujeres en Concepción, 1840-1920*. Santiago: LOM.
- CONWAY, JILL K., BOURQUE, SUSAN C., SCOTT, JOAN W. (2003). El concepto de género. En *Lamas, Marta (comp.), El género: la construcción cultural de la diferencia sexual (pp.21-33)*. México, D.F.: UNAM, PUEG.
- DELGADO SAHAGÚN. (2006). *Análisis del testimonio como fuente oral: género y memoria*. Disponible en: www.hal.archives-ouvertes.fr/docs/00/10/40/16/PDF/Delgado_Sahagun.pdf
- ESTUDIOS SOCIALES Y EDUCACIONALES LA CHIMBA. (2013). *Guía de orientaciones docentes: acercamiento del patrimonio archivístico a la escuela*. Proyecto educativo del Archivo Nacional Histórico. Santiago: DIBAM, Archivo Nacional Histórico.
- FIGUEROA GARAVAGNO, Consuelo. (2009). *Revelación del subsole. Las mujeres en la sociedad minera del carbón 1900-1930*, Santiago: Ediciones DIBAM.
- GARCÍA, ANA LIDIA. (1998). *Historia de las mujeres del siglo XIX: algunos problemas metodológicos*. En *Bartra, Eli (comp.), Debates en torno a una metodología feminista (pp. 199-228)*. México, D.F.: UAM-X, CSH.
- HOLBWACHS, MAURICE. (2004). *La memoria colectiva*. Prensas Universitarias de Zaragoza.
- HUYSSSEN, ANDREAS. (2000). *En busca del tiempo futuro*. En *Puentes*, año 1, N° 2, diciembre. Recuperado en octubre de 2014 de: <http://cholonautas.edu.pe/memoria/Huyssen.pdf>.

- ILLANES, María. (2001). Ella en Lota-Coronel. El primer servicio social industrial de América Latina. En Mapocho, 49, pp. 141-148.
- LAU JAIVEN, ANA. (1998). Cuando hablan las mujeres. En Bartra, Eli (comp.), Debates en torno a una metodología feminista (pp. 185-197). México, D.F.: UAM-X, CSH.
- JELIN, ELIZABETH. (2001). Exclusiones, memorias y luchas políticas. En Mato, Daniel (comp.) Estudios latinoamericanos sobre cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización. Buenos Aires: CLACSO. Recuperado en junio de 2014 de: <http://www.globalcult.org.ve/pub/Clacso1/jelin.pdf>.
- KLUBOCK, THOMAS. (1995). Hombres y mujeres en El Teniente: La construcción de género y clase en la minería chilena del cobre, 1904-1951. En Godoy, Lorena, Hutchinson, Elizabeth, Roseblatt, Karin y Zárate, M. Soledad (eds.), Construcción de Identidad en Chile, siglos XIX y XX (pp. 223-253). Santiago: SUR, CEDEM.
- LAGARDE DE LOS RÍOS, MARCELA. (1990). Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas. México, D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México. Recuperado en noviembre de 2014 de <http://es.scribd.com/.../Los-Cautiverios-de-Las-Mujeres-Madresposas-Monjas-Putas-Presas-y-Locas.pdf>.
- LAGUNAS, CECILIA Y RAMOS, MARIANO. (2007). Patrimonio y cultura de las mujeres. Jerarquías y espacios de género en museos locales de generación popular y en institutos oficiales nacionales. En La Aljaba. Segunda época, XI, pp. 119-140.
- MACEIRA OCHOA, LUZ. (2008). Género y consumo cultural en museos: análisis y perspectivas. En La Ventana, 27, pp. 205-230.
- MONTECINO, SONIA. (1997). Dimensiones simbólicas del accionar político y colectivo de las mujeres en Chile. Una propuesta de lectura desde la construcción simbólica del género. En Palabra dicha: escritos sobre género, identidades, mestizajes (pp. 78-94). Santiago: Universidad de Chile, Facultad de Ciencias Sociales.
- ORTEGA, MARGARITA. (1986). Historia y género. En Realidad, 54, pp.817-824.
- PIPER SHAFIR, ISABEL. (2005). Memoria colectiva y relaciones de género: ¿prácticas de dominación o resistencia?. En Realidad, 85, pp.32-43.
- PROMEG-UdeC. (2013). Informe Final "Servicios de investigación y difusión sobre el aporte de las mujeres al desarrollo de la actividad minera y a la construcción de las identidades culturales de Lota durante el periodo de explotación carbonífera".

- QUAY HUTCHINSON, LINDA. (2014). *Labores propias de su sexo: género, políticas y trabajo en Chile urbano 1900-1930*. Santiago: LOM.
- RICHARD, Nelly. (2000). *Políticas y estéticas de la memoria*, Serie Ensayo. Editor, Nelly Richard. Santiago:Cuarto Propio.
- SCOTT, Joan. (1993). El género: una categoría útil para el análisis histórico. En J. Scott, de Lauretis, D. Haraway y C. K. Steedman, *De mujer a género* (pp.17-50). Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- (2011). Género, ¿todavía una categoría útil para el análisis?. En *La manzana de la discordia*, 6, 11, enero-junio, pp. 95-101.
- TAYLOR, S.J., BOGDAN, R.. (1994). *Introducción a los métodos cualitativos*. Barcelona: Paidós.
- TOVAR Núñez, Marianela. (2010). Apuntes para la construcción de una historia de las mujeres. En *Revista venezolana de estudios de la mujer*,15, 34, pp 11-24.
- TRONCOSO PÉREZ, LEYLA, PIPER SHAFIR, ISABEL. 2015. Género y memoria: articulaciones críticas y feministas. En *Athenea Digital*, 15, 1, marzo, pp. 65-90.
- VALENZUELA CÁCERES, MARCELO. (2013). La huelga “grande” del Carbón en Lota, Coronel y Curanilahue de 1920. En *Historia Actual Online*, 32, otoño, pp.73-89.

LINKOGRAFÍA:

www.memoriachilena.cl

www.bcn.cl



**PATRIMONIO
Y GÉNERO**
